

# La Ilustración Artística



Año XIV

← BARCELONA 28 DE OCTUBRE DE 1895 →

Núm. 722



BUZÓN EQUIVOCADO, cuadro de León Girardet

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** el cuarto tomo de los correspondientes al presente año. Lo forma *La leyenda de Don Juan Tenorio*, hermoso fragmento póstumo del inmortal poeta don José Zorrilla, profusamente ilustrado por D. José Luis Pellicer.

## SUMARIO

**Texto.** - *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Semblanza. Modesto Lafuente*, por F. Moreno Godino. - *La mojiganga escolar*, por A. Sánchez Pérez. - *El día de difuntos. En el cementerio*, por X. - *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. - *Nuestros grabados. Miscelánea. Sport*, por E. Fontvalencia. - *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). - *Victoria de los franceses en Madagascar*, por X. - Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.** - *Buzón equivocado*, cuadro de León Girardet. - *Modesto Lafuente. Una belleza inglesa*, cuadro de R. Madrazo. - *El domingo en los alrededores de París*. Varios grabados. - *La cuna vacía*, cuadro de Luis Menéndez Pidal. - *El día de difuntos en Madrid. En el cementerio*, dibujo de Narciso Méndez Bringa. - *Madagascar. El palacio de la embajada francesa en Tananarive. Monumento erigido en Fontainebleau á la memoria de Carnot*, obra de Peynot. - *Nuestra gente*, cuadro pintado por Cristóbal Monserrat. - *Entrada del palacio de la reina de Madagascar en Tananarive. Ranavalona III, reina de Madagascar. Observatorio real de Ambohipempona, cerca de Tananarive.*

## CRÓNICA DE ARTE

Comienzo rectificando. El eminente escultor señor Querol me ruega que haga público que no concurre al concurso abierto para la erección de una estatua en esta corte á D. Claudio Moyano, como he dicho equivocadamente en mi última crónica. Cumplido este deber y antes de entrar en el relato del movimiento artístico que comienza á iniciarse en esta, debo advertir que no es *Mesinos*, sino el celebrado autor del grupo *El Dos de Mayo*, Sr. Marinas, el artista á quien me refería al hablar de los escultores que asisten al concurso arriba mencionado.

\* \*

Realmente hasta ahora poco puede decirse de movimiento artístico, aun cuando se hable ya de próximas exposiciones, de concursos, de iniciativas del Círculo de Bellas Artes, etc. Todo ó casi todo se halla en el período embrionario. Sin embargo, he podido ver los trabajos que varios artistas realizaron durante la estación veraniega, por allá, por las costas y en apartados rincones donde solamente la naturaleza, sin trabas de ninguna especie, luce sus encantos.

Pudiera decir que lo que he visto *se reduce* á notas de color, impresiones del natural, apuntes hechos rápidamente de tipos y cosas; pero este género pictórico tiene para mí importancia tan grande que lo considero como el más sincero de todos, puesto que el artista al cultivarlo no se preocupa más que de la sinceridad, de satisfacer su deseo, representar el natural como lo siente, sin traducirlo á ninguna de todas esas jerigonzas que ahora más que nunca traen al arte tan dolorido y cabizbajo. Así pues, cuando llega esta época en que los pintores vuelven á sus cuarteles de invierno, trayendo en la maleta lo que ellos llaman - lo digo sinceramente, - con fingido desdén, *apuntes*, es cuando gusto con verdadero placer el de saborear la belleza. Yo que sé cuántos esfuerzos, dolorosísimos todos, cuesta la realización de una obra de arte, especialmente las que se destinan para luchar en el palenque de las exposiciones, diera la mayor parte de ellas por la posesión de algunos de esos *apuntes*. La sinceridad en el arte es para mí la más necesaria, la más importante de las condiciones de la producción de esta índole. Como secundarias tengo la factura, la composición, los exquisitismos del colorido, los aquilatados de la línea, ante la espontaneidad del sentimiento del artista, manifestada sin prejuicio alguno en esas notas, impresiones y esbozos ejecutados frente á frente de la verdad y á solas con ella.

Esto, poco más ó menos, decía no hace aún veinticuatro horas á mi colega y amigo Saint-Aubin, mirando en su estudio una preciosa tablita que, con otras varias, ha traído de su viaje de verano. Por cierto doy que el crítico de *El Heraldó* tiene en más la tablita citada que algunos de sus cuadros de empeño. ¿Qué representa? Lo que dicen aquellos versos del inmortal fraile, que comienzan:

¡Qué descansada vida  
la del que huye al mundanal ruido!..

Un huerto que tiene por fondo verde montaña; un huerto sombrío, y en primer término y bajo árboles frondosos una mansa vaca que, paciente, permite que el sujeto por los cuernos una niña de unos doce ó trece años. He ahí el *asunto*. ¿Verdad que no es tal? Y sin embargo, la verdad, la sinceridad con que está pintado aquel trozo de naturaleza, y aquella vaca blanca y negra con las ubres repletas, y aquella niña que ajena de todo cuidado de la vida juega con el manso animal, causan intensa y serena emoción estética, y por un momento quien mira ese acierto del artista créese transportado á la realidad misma.

Y así como pasamos en la vida real del idilio al drama, de lo bucólico á lo urbano, del llanto á la risa, de la apacible calma al vértigo de la actividad, así también las manifestaciones del arte son tan varias cuantos son los temperamentos que las producen. Me sugiere esta reflexión - bien poco original ciertamente - el recuerdo de los *estudios* que ha traído de Sestao (Bilbao) mi amigo el autor de *Una huelga de obreros*, Vicente Cutanda. Quédense para aquellos que saben sentir y expresar las bellezas del campo, de la playa, de la vida campesina ó de la urbana, esas dulzuras de que nos hablan desde Horacio hasta Fray Luis de León, que los amores de Cutanda están allí donde, como en la dicha comarca vizcaína, la ciencia moderna, aplicada á las industrias minera y fabril, pone en actividad á miles de hombres, horada montañas para extraer el hierro y el carbón, lanza por vertientes casi infranqueables locomotoras que arrastran docenas y docenas de vagones repletos de hulla y de hierro, funde por toneladas el mineral, forja inmensas planchas de acero, pone en movimiento máquinas gigantescas é inunda la atmósfera de humo, de partículas de carbón, é ilumina en las noches con llamaradas de volcán las nubes, las montañas vecinas, la callada aldea, reverberando en las aguas de la ría. Para Cutanda aquellos altos hornos de *La Vizcaya*, siempre encendidos, siempre fundiendo millones de kilogramos de hierro en incontables momentos, son el resumen de todos los esfuerzos que en pro del progreso humano, del positivismo actual, ha realizado el hombre. Mas como artista, tan sólo busca en todo eso el *motivo* para desarrollar después en el estudio escenas de la vida que á costas llevan hasta morir aquellos miles de mineros y obreros, capataces y hombres de ciencia, quienes impasibles ante los peligros del fuego *grisú* ó de la explosión de una máquina ó del hundimiento de una galería subterránea, apenas si se distinguen en las horas de labor del trozo de hierro que les ha teñido con su óxido y cubierto con la tierra que de la mina trajera. Y al mostrarme el artista los apuntes y estudios de nuevas máquinas, de escenas nuevas con las que ni soñara, me decía lleno de satisfacción: «Fíjese usted bien. Estos son unos hornos recientemente inventados. ¡Qué fondo tan bello de color y de línea para el cuadro que tengo *in mente*!»

- ¿Qué cuadro?, amigo Cutanda.

- Un cuadro verdaderamente dramático, en el cual no figurarán probablemente más que mujeres.

Por singular contraste, dado el temperamento de colorista de Cutanda, mencionaré un precioso estudio que hizo en el Escorial. «Me censuran - decía-me días antes de marchar con su familia al citado real sitio - porque pinto gris; ahora voy á intentar pintar el sol.» En efecto, el pintor del *carbón de piedra*, como se llama humorísticamente él mismo, ha logrado su propósito. El sol ilumina un trozo de paisaje en el que se ve sentada y leyendo á una joven. El efecto de la luz solar no puede ser más justo, y los vigorosos contrastes de luz y sombra están realizados con una verdad y un acierto en los valores que difícilmente pueden superarse.

También el paisajista Espina ha traído buen número de apuntes y aun de cuadros casi terminados, ante el natural, en la majestuosa sierra del Guadarrama, de los cuales he oído hacer grandes elogios. De este notable pintor, como de Bertodano y de otros antiguos conocidos de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hablaré en la próxima crónica, pues desconozco sus obras. En cambio conozco las últimas que Benlliure, el autor de la estatua de Trueba, ha realizado aquí en Madrid, así como algunos de sus proyectos. No hablaré hoy de éstos por considerarlo indiscreto, pero sí de tres bustos retratos que muy pronto serán enviados á Barcelona para ser fundidos en los talleres de Masriera.

Es uno de los citados bustos el del doctor Ezquerdo; otro el de la viuda de Lhardy, madre del paisajista del mismo apellido y dueño del famoso *restaurant*: otro de un niño de año y medio ó dos años, hijo del ex alcalde de Madrid el conde de Romanones. El primero es un magnífico retrato, una obra de arte soberbia, en la cual se admiran todas las condi-

ciones excepcionales de escultor que Mariano Benlliure posee; el segundo y el tercero son verdaderos prodigios. Yo que he visto modelar el del niño; yo que he podido apreciar las dificultades con que luchaba Benlliure para lograr que el modelo estuviese quieto durante unos segundos, no me explico cómo ha podido dar cima á belleza tan grande cual es el busto de que hablo; y lo diputara como lo mejor que el escultor valenciano ha producido en este género en estos últimos tiempos, si no creyera que el busto de la madre de mi amigo Lhardy alcanza aquel grado de bondad con que se immortaliza un artista.

Varios son los bustos retratos por Mariano Benlliure modelados que la crítica y la opinión inteligente colocaron entre las obras que no mueren nunca. El retrato de D. Manuel Silvela, el del célebre pintor Domingo y el bajo relieve de la familia real reinante se citan por los artistas como obras insuperables; pues entre esas obras hay que contar desde hoy este otro busto. ¿Qué decir de él que no parezca elogio sin medida ó pálida descripción? He pedido á Lhardy permiso para reproducirlo en estas páginas; todavía no me lo ha otorgado; mas creo que al cabo lograré convencerle, así como á Benlliure, que no cree *la cosa* para tanto; y cuando los abonados de este periódico vean la reproducción, tengo por cierto que, como yo, juzgarán tal busto con el elogio con que lo hago en estas líneas.

\* \*

Dicen de Málaga que Moreno Carbonero, el pintor del sol, el pintor de esos cuadritos de género histórico-literario, como son el *Encuentro del rucio*, *Gil Blas*, *El carro de las Cortes de la muerte*, de lienzos tan bellos como el de *La conversión del duque de Gandía*, hállase en la actualidad muy ocupado en modelar una estatua que figurará en el sepulcro de su padre. Cierta ó no la noticia, pienso que para un artista de la talla de Moreno Carbonero no ha de ser arco de iglesia el empeño en que dicen que está metido. Mariano Benlliure pinta al óleo y á la acuarela con maestría tanta, que sus producciones de este arte se le pagan á muy altos precios. Recuerdo haber visto en una de las más notables galerías de los Estados Unidos una tablita pintada al óleo por Benlliure y que representa *la suerte de pica*, que es un verdadero primor. Dicho cuadro, de muy pequeñas dimensiones, había sido adquirido en Roma en un precio exorbitante. Y recordando esto y sabiendo cuán juntamente marchan las artes de la pintura y de la escultura, y sobre todo conociendo, como todos conocemos, el gran talento de Moreno Carbonero, no creo caso improbable lo de la estatua.

\* \*

Villegas, el eximio autor de *El triunfo de la Dogaresa*, que tan grandemente celebrado ha sido en la exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Venecia en el mes de mayo último, se encuentra en Madrid, desde donde se dirigirá á Roma muy pronto.

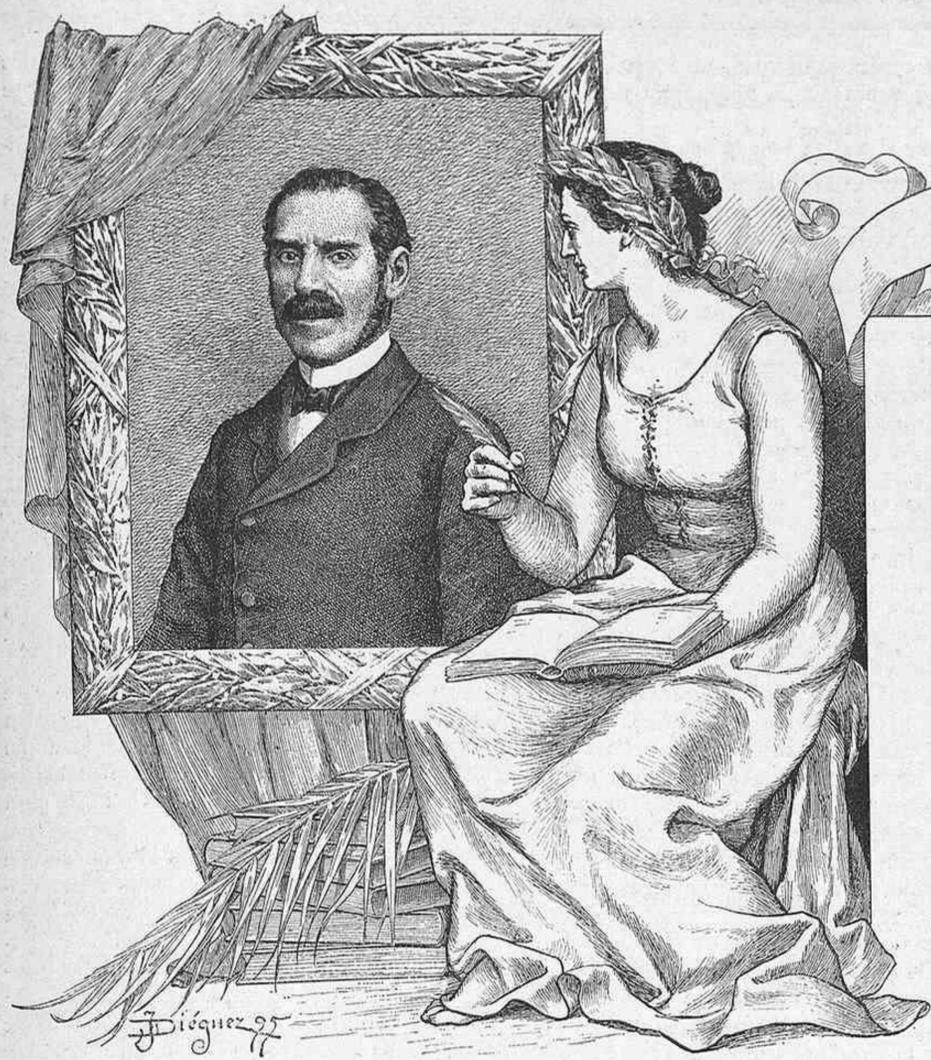
Había venido á España, después de algunos años de ausencia, para descansar en su tierra natal, la sevillana; mas como al héroe del romance, que «su descanso es pelear,» así le acontece á Villegas; su descanso ha sido pintar más de veinte retratos de individuos de su familia, de amigos suyos, como por ejemplo el obispo de Cádiz, y varios estudios, que más bien son cuadros, de trozos de naturaleza, tipos, etc.

Y termino esta crónica con dos noticias más. Primera: ha sido nombrada la comisión que habrá de adjudicar el premio en los concursos de las estatuas que deben erigirse en Madrid á D. Claudio Moyano y en Badajoz al inolvidable presidente del Ateneo D. José Moreno Nieto. Al primer concurso se presentan, si no estoy mal informado, siete escultores, algunos de ellos de renombre; al concurso segundo acuden más.

Segunda noticia: El Círculo de Bellas Artes se está preparando dignamente, alhajando sus salones, terminando la decoración pictórica de los mismos, labor en la que toman parte ilustres pintores, para celebrar en breve una exposición exclusivamente de trabajos realizados por los socios artistas durante la excursión de verano.

Otra noticia más que en este momento me viene á la memoria; pronto comenzará el período de admisión de obras en el Círculo de Bellas Artes para la exposición internacional de pintura y escultura que debe celebrarse en la capital de Noruega en febrero del año próximo.

R. Balsa de la Vega



## SEMBLANZA

Hace muchos años, tantos que no recuerdo la fecha, siendo yo casi niño, estudiaba matemáticas en el Instituto de San Isidro. Nos reuníamos allí un grupo de imberbes condiscípulos aficionados a la lectura (frívola, por supuesto), entre los cuales recuerdo, por haber obtenido posteriormente alguna notoriedad, á Ramos (he olvidado el nombre), escritor y autor zarzuelero, por lo mediano; al diplomático don Eduardo Romea, hermano menor del eminente actor, y á Vicente Caltañazor, que dedicado al teatro, hizo durante una generación las delicias del público. Antes ó después de clase y á veces *haciendo novillos*, solíamos escurrirnos á la biblioteca pública anexa al Instituto, en donde devorábamos las novelas de Wálter Scott, á la sazón en todo su apogeo. Habíamos elegido para nuestras lecturas una mesa retirada y muy grande, y casi siempre encontrábamos allí á un lector joven, pálido, enjuto, de ojos vivos é investigadores, que (por privilegio) leía ó consultaba dos ó más obras simultáneamente. Era muy reservado y no hacía caso de nosotros; pero nosotros observamos que en vez de recrearse con las aventuras de *Ivanhoe*, ó de *La Linda joven de Phert*, revolvió y tomaba notas de volúmenes antiguos. Alguna vez pescábamos los títulos de estas obras, que solían ser la *Historia* del P. Mariana, la *Universal*, los *Comentarios de César* y otras por el estilo.

Un día, por casualidad, este serio lector y yo bajamos al mismo tiempo la escalera de la biblioteca.

— ¡Qué calor tan prematuro!, exclamé yo por tramar conversación.

— ¡Mucho!, dijo el lector serio, en tono algo seco.

— Usted debe estar sofocado, porque yo le he visto las dos veces que he estado en la biblioteca.

— Sí, me he llevado en ella un buen rato.

— Y que usted no sólo lee, sino que estudia, lo cual debe calentar mucho.

— Por lo visto, me replicó desdenosamente, usted y sus amigos lo ignoran. Ustedes leen novelas; yo prefiero la historia.

Tal fué la única ocasión en que yo hablé con don Modesto Lafuente, pues era él; pero posteriormente me ocupé de él con detenimiento con motivo de la publicación del *Fray Gerundio*, del que todo el mundo hacía mención.

— ¿Qué le parecen á usted las flamantes *Capilladas*?, pregunté á D. Fermín Gonzalo Morón, que era muy amigo del autor.

— Que no acierto á volver de mi sorpresa, me contestó. Yo fui uno de los primeros á quienes consultó Lafuente antes de la publicación de su periódico. Me dijo que iba á ser humorístico, y esto ya parecióme una *chifladura* (palabra inventada por Morón), y cuando me indicó el título no pude menos de reirme en las barbas de D. Modesto. «¡Pero, señor Lafuente!, le dije. En esta época revolucionaria, des-

no obstante todo eso, el *Gerundio* se ha publicado...

— Y se ha hecho popular; archipopular, interrumpí yo.

— Pues eso es el motivo de mi asombro, prosiguió diciendo Gonzalo Morón, y me prueba la sorprendente intuición de D. Modesto. El periódico está escrito en una prosa que ya la quisieran muchos para los días de fiesta; pero sin embargo..., tal ha sido la fe de D. Modesto en la idea de su periódico, que ha venido de León, en cuya Diputación provincial está empleado, para consultarnos, y á pesar de que la mayor parte le hemos disuadido, ha empezado allí su publicación.

Las *Capilladas*, en efecto, hiciéronse populares desde el tercer número, y el lego Tirabeque, tan famoso en aquella época como Sancho Panza lo es en todas. El pueblo, en provincias, creíale un ser real y existente; tanto, que en un viaje que hizo D. Modesto á Andalucía, la gente de Baeza ó de Ecija, sabiendo que había llegado *Fray Gerundio*, agolpóse frente á la fonda en que se alojaba, pidiendo á gritos que Tirabeque se asomara al balcón.

Gonzalo Morón entonces, y ahora un próximo pariente del celeberrimo escritor, me han proporcionado los pocos datos que aporé á esta semblanza.

A Lafuente le sucedió lo que á Balzac en su primera juventud: tuvo plétora de estudio y necesitó bastante tiempo para hacer, digámoslo así, la digestión. Se casó joven y no bien acomodado, pensó en adquirir fortuna y posición, y para abrirse el camino de la política publicó el *Gerundio*. Consiguió su propósito, aunque á costa de no pocas amarguras: su sátira intencionada en un periódico de tan inmensa circulación levantaba ronchas, y muchas *celebridades* de aquella época le pidieron cuentas y retractaciones. La animadversión de D. Juan Prim contra *Fray Gerundio* databa de antiguo y reconocía una causa casi pueril. Siendo muy joven, y no sé por qué motivo, Lafuente pasó una temporada en Barcelona, y allí conoció al entonces teniente Prim. Ambos eran aficionados al juego del billar, afición que posteriormente perdió éste, y se reunían en el del café de las Delicias. Primero se jugaba *chappó*; y luego Lafuente y Prim, que eran los más rezagados, solían jugar *mesas*. El futuro marqués de los Castillejos, que no obstante su genio algo arrebatado, reconoció siempre superioridades, tenía entonces, bien así como Larra, la *vanidad del billar*, y se exasperaba cuando le ganaban, como le ganaba casi siempre Lafuente, que jugaba mejor que él. Muchos años después, *Fray Gerundio* mortificó repetidas veces á Prim en su periódico, y en una ocasión le añadió una sílaba á su apellido, de lo cual resultaba una cosa malsonante, si bien sabrosa en el arte culinario. Prim, que era poco sufrido, cansóse de sufrir las arremetidas del satírico periodista, y recordando quizá también sus vencimientos de billar, buscó ó encontró al incisivo escritor en la calle del Príncipe y le agredió estrepitosamente

al aire libre. También González Bravo tuvo choque con *Fray Gerundio*: publicó aquél en su periódico, *El Huracán*, unos versos altamente ofensivos para la reina María Cristina con motivo de su salida de España: Lafuente los parodió en el suyo en el mismo metro y casi con idénticas palabras, y esta fué la causa de la querrela entre ambos. Los versos á la Reina no pueden consignarse. He aquí los de la parodia:

«Si á escuchar nuestros votos te atreves,  
hijo y nieto de tronco gorgonio,  
hombre ó diablo, *huracán* ó demonio,  
sin reliquias de fe ni pudor;  
¡plegue á Dios que tus líneas alevés  
donde nadie las vea sepultes,  
y á la vista de pueblos te ocultes  
que te leen con odio y horror!»

González Bravo, entonces, por supuesto, radical ardiente, buscó á D. Modesto; pero como era más guardador de las formas que Prim, se limitó á ponerle de oro y azul y á desafiarse. Medió entre ambos un chistoso diálogo, que años después me refirió González Bravo. Lafuente dijo, entre otras cosas: «Usted es más joven y más fuerte que yo, probablemente sabrá manejar las armas, y yo no recuerdo haber tenido ninguna en la mano. ¿Es usted zurdo.» González Bravo, admirado de la pregunta, contestó negativamente, y *Fray Gerundio* entonces prosiguió diciendo: «Pues bueno, en tal caso las cosas pueden arreglarse: nos batiremos á sable con la mano izquierda, y así habrá más igualdad.»

Hízole gracia á González Bravo la proposición, tomó á broma el lance y éste no tuvo consecuencias. Cuando con el tiempo él y Lafuente fueron hombres importantes y se encontraban, aquél decía á éste: «¡Adiós, Sr. Zurdo!»

D. Modesto, de cepa progresista y conocido ya por sus publicaciones, afilióse al partido de la unión liberal, y cuando éste subió al poder ocupó en aquella situación puestos importantes, llegando á ser primer vicepresidente del Congreso de diputados. Sus altas dotes de inteligencia, sagacidad y posesión de los organismos del Estado abrieronle pronto horizontes políticos. No era orador, pero hablaba con el aplomo que da el conocimiento de las materias de que se trata.

Antes y después de ser hombre importante, Lafuente fué siempre metódico y morigerado en sus costumbres, que eran siempre las mismas, excepto en los casos en que se veía precisado á alterarlas por exigencias de la política.

Consagróse con verdadero amor á escribir la *Historia de España*, de regreso de un viaje de recreo que hizo por Francia, Bélgica y Holanda, y que narró con bien aliñado estilo; y era de admirar la asiduidad, paciencia y método que empleó para dar cima á su obra. Nunca escribía de día, en esto era únicamente raro: pasábasele consultando libros, tomando notas y coordinando las que en su juventud había copiado en el Instituto de San Isidro, y últimamente en las bibliotecas de París y Amsterdam, en donde hay estudios curiosos referentes á España. Preparada ya su labor nocturna, comía temprano y bien, y después de hacerlo, á las nueve de la noche próximamente, iba á la imprenta de Mellado, con cuya familia estaba entroncado por su casamiento, y allí permanecía hasta las once y media, jugando al billar, al que siempre tuvo afición. Salía de la imprenta, que estaba situada en la calle de Santa Teresa, y si no hacía muy mal tiempo daba un paseo por la barriada, haciendo una recopilación mental del trabajo que le esperaba. Trabajaba desde las doce á las tres ó tres y media de la mañana, y en este espacio de tiempo escribía cuarenta ó cincuenta cuartillas, la mayor parte de las veces sin un tachón; don Modesto Lafuente era el Narciso Serra de la prosa. Cuando las cuartillas tenían por casualidad tres ó cuatro enmiendas, admirábanse los cajistas de Mellado, que las componían y se decían: «¡Muy preocupado ha debido estar anoche D. Modesto!» Si las correcciones hubieran llegado á diez ó doce, es seguro que la imprenta en pleno habría acudido á casa del autor, recelosa de algún importante accidente.

Lafuente escribió también una obra originalísima,

titulada *Teatro social del siglo XIX*, cuyo pensamiento está formulado en la siguiente redondilla del autor:

«Probaros he de mil modos  
como dos y dos son cuatro,  
que este mundo es un teatro:  
los hombres, cómicos todos»

Según D. Fermín Gonzalo Morón, tenía empezada á escribir otra obra rara: un libro de caballerías, sin disparates; tal como quería que se escribiese el erudito canónico que departió con D. Quijote: una especie de poema en prosa (si esto es posible), que se prestara á magníficas y amenas descripciones de sucesos y lugares, y cuyo héroe adunase el valor de Aquiles, la prudencia de Ulises, la magnanimidad de Alejandro, la erudición de César, la firmeza de Sócrates, la ternura respetuosa de Platón, y en suma todas las supremas cualidades humanas; pero es el caso que nadie, excepto Morón, ni aun la familia de Mellado, que recogió todos los papeles del difunto D. Modesto Lafuente, tiene noticia de semejante obra.

En resolución y para terminar, D. Modesto Lafuente fué un hombre honrado, mediano político y notabilísimo escritor.

F. MORENO GODINO

### LA MOJIGANGA ESCOLAR

Aumenta de año en año, en vez de disminuir, el número de alumnos que se matriculan en los Institutos de segunda enseñanza; aumenta considerablemente, por lo tanto, el número de ejercicios de examen, ya ordinario, ya extraordinario, ora de oposiciones á premios, ora de grados de Bachiller que en cada uno de esos institutos han de verificarse.

Si en el curso académico de 1894 á 1895 hubo establecimiento docente en que fueron 18.000 los ejercicios de examen, en el presente curso es muy posible que pasen de 25.000.

Voy á fijarme, sin embargo, para que mi cálculo no parezca exagerado, en el número de 18.000, admitiendo la hipótesis (hipótesis á todas luces inexacta y absurda) de que no ha tenido aumento en ese año el número de exámenes y ejercicios de reválidas en la segunda enseñanza.

Y vamos á ver lo que resulta de esa suposición.

A fines del curso próximo pasado (1894-1895) publicaron varios periódicos la noticia siguiente:

«Se calculan en 18.000 los actos de examen (se refería á los ordinarios de prueba de curso en la segunda enseñanza) en cada uno de los Institutos de Madrid, y no se sabe cómo van á tener tiempo y resistencia los catedráticos que han de formar los tribunales para un número de exámenes tan enorme.»

Prescindamos de la resistencia, porque sabemos todos, de muy buena tinta, que la naturaleza da siempre al hombre toda la resistencia que le hace falta para cumplir los más dificultosos deberes. De lo que no podemos prescindir es del tiempo; éste pasa sin solicitar nuestra venia y no se detiene aunque lo hagamos menester.

Y ahora vamos á cuentas.

Supongamos, para determinar bases de razonamiento, que en cada ejercicio de examen se invierten, ¿qué menos?, diez minutos; los 18.000 actos á que la noticia se refiere exigirán el empleo de 180.000 minutos, ó sean 3.000 horas, lo cual equivale á 125 días justos.

Como el mes de junio tiene solamente 30 días, sería necesario agregarle un apéndice de 95 para que los catedráticos, dedicando á examinar las veinticuatro horas de cada día, terminaran su ímproba tarea.

¿Parece excesivo el tiempo señalado para cada examen? Reduzcámoslo á la mitad; á cinco minutos.

Aun así, necesitarían los catedráticos sesenta y dos días y doce horas... para examinar solamente.

De sobra imagina cualquiera que de esos sesenta y dos días y medio no había de ser posible consagrar todas las horas á exámenes.

Los jueces necesitarán descanso, y tiempo para comer y para dormir, y para calificar á los alumnos examinados, y para acudir á otros actos de su profesión, como grados, oposiciones á premios, etc., etc.

Admitamos, pues, y es bastante admitir, que de las veinticuatro horas del día consagran ocho á examinar y que no cesan en sus funciones ni los domingos, ni los días festivos; los sesenta y dos días y medio se convertirán, entonces, en ciento noventa y siete y medio; algo más de medio año.

¿Quieren ustedes que reduzca todavía más el tiempo concedido á cada examen? ¿Lo reduciré á un minuto? En ese caso la duración del período de exámenes será unos cuarenta días; pero reconózcase que ejercicios de *un minuto* por examinando constituyen

verdadera burla. Ni esos serán exámenes, ni á eso puede llamarse acto serio; son ridícula mojiganga y farsa grosera.

Y esto, como suele decir el vulgo, son habas contadas; los números no mienten, ni son parciales, dan la razón á quien la tiene.

¿Hemos de juzgar á 18.000 examinandos?

Pues si hemos de juzgarlos de veras, con seriedad, con probabilidad de acierto y con garantías para los mismos alumnos y para sus familias, es de necesidad absoluta que los tribunales de examen funcionen sin interrupción, y á razón de ocho horas diarias, por espacio de siete ú ocho meses.

La solución propuesta en algunos periódicos por personas muy peritas (según leí entonces), solución que se reducía á proponer que cada alumno fuese examinado en un solo acto de cinco asignaturas, no salvaba la dificultad.

Los 18.000 exámenes, juntos ó separados, serían 18.000, y era necesario emplear en cada uno *un minuto* solo para que pudieran verificarse en 40 días.

«Pero — se me dirá — hay que tener en cuenta que en los Institutos no se constituye un tribunal solo, sino que se forman varios, los cuales funcionan simultáneamente, y esto reduce lo menos en una quinta parte el resultado de esos cálculos caprichosos.»

Admito la observación sin discutirla; acepto como exacta, si bien habría mucho que decir sobre ella, la reducción indicada; pero obsérvese también que en la práctica será imposible que se dé á cada ejercicio la duración por mí supuesta para extremar la argumentación.

Exámenes de un minuto no son posibles; de cinco minutos serán muy difíciles, y tratándose de examinandos á quienes los jueces no conozcan, en muy contados casos podrían durar menos de un cuarto de hora. Véase cómo si, por la función simultánea de varios tribunales de examen, pueden disminuirse en parte los resultados de mi cálculo, por el tiempo necesario á cada acto es preciso aumentarlos mucho.

En mi opinión, el conflicto — porque es conflicto efectivamente — no tiene más que una de dos soluciones.

Primera, la que es más de mi agrado, porque me parece más justa, más razonable y más seria: la de cortar por lo sano, suprimiendo definitivamente esa ceremonia de mero formalismo, que para nada sirve y todo lo dificulta y entorpece. Suprimir, en absoluto y por completo, los ejercicios de examen.

Segunda, la de crear tribunales examinadores como se han creado tribunales de justicia, y que como éstos, funcionen sin interrupción durante todo el año académico y dos meses más, sometiéndolo á examen verdadero, positivo, serio, á todo alumno, libre ó no libre, que pretenda obtener testimonio, autorizado y oficial, de sus conocimientos en tales ó cuales asignaturas.

Esta idea, que solamente apunto, podría tener desenvolvimientos ulteriores que garantizaran — hasta donde eso es posible — la imparcialidad y la rectitud de los fallos, que en ningún caso habían de ser inapelables y ejecutivos como lo son ahora.

Y no entro en consideraciones de otro género por no dar demasiada extensión á este artículo; pero no he de concluir sin que llame la atención de mis lectores sobre lo que significa el número enorme de 18.000 exámenes en un solo Instituto. Es evidente que en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Sevilla, etc., etc., hacen falta más Institutos de segunda enseñanza, si esta enseñanza no ha de ser mentira.

Si poblaciones de quince mil almas sostienen un Instituto provincial, Madrid y Barcelona, que cuentan trescientos mil habitantes, deberían sostener veintiseis Institutos.

No diré que deban crearse veinte; pero que son indispensables otros dos, por lo menos, en Madrid, en Barcelona y en algunas otras capitales, es cosa que nadie podrá negar en razón y en justicia.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

### EL DÍA DE DIFUNTOS

EN EL CEMENTERIO

(Véase el dibujo de Méndez Bringa de la página 729)

Al silencio y á la soledad que durante el resto del año reinan en el campo santo han sucedido en este día la animación y el bullicio: hacia aquel lugar dirígense las gentes en interminable romería, unos á pie, otros en desvencijados vehículos, algunos en lujosos carruajes, alegres muchos, indiferentes los más, tristes pocos, muy pocos desgraciadamente. Llegada la muchedumbre á la mansión de los muertos, desparrámase por las calles bordeadas de nichos y por las alamedas pobladas de fastuosos mausoleos, contemplan-

do los funerarios atributos que en aquellas paredes y sobre aquellas losas colocara una mano no siempre impulsada por un piadoso recuerdo: que algunas veces también allí halla la vanidad ocasión para ostentarse.

Las tumbas humildemente adornadas ó desnudas de todo adorno no despiertan interés alguno en aquella multitud que se detiene en cambio á admirar las sepulturas cubiertas de magníficas coronas y alumbreadas con profusión de cirios.

Hasta en la mansión de los muertos el vulgo se siente atraído por vanas pompas externas, y los mismos que contemplarán con interés á la dama elegantemente ataviada que, con más luto en las vestiduras que en el alma, se arrodilla junto al panteón suntuoso cuyas piedras desaparecen bajo un montón de cintas y flores, habrán pasado distraídos por el lado de una pobre viuda ó de una huérfana desamparada que allá en un rincón del cementerio depositan sobre una fosa sin más adorno que la negra cruz de madera modestas coronas de siempre vivas regadas con llanto y adquiridas á fuerza de vigilia y de privaciones.

El bellísimo dibujo de Méndez Bringa que en este número reproducimos representa lo que más cautiva á los que visitan aquel lugar sagrado sin elevar su pensamiento hacia esos ideales que son necesarios de toda necesidad á la vida del espíritu. Pero para aquel que cree y espera, para aquel que lleva grabado por modo indeleble en su corazón el recuerdo de los seres queridos, ¡cuán poco valen estas ostentaciones si sólo en la vanidad se inspiran! ¡cuán hermosa aparece aquella pobreza si el dolor sincero la acompaña! Los adornos que la indiferencia pone en las tumbas, se marchitan y desaparecen; las lágrimas que el sentimiento hace brotar de nuestros ojos, en la tierra se filtran y hasta los restos de nuestros muertos llegan.

Lágrimas y oraciones, he aquí la mejor ofrenda que podemos hacer á los que para siempre han dejado el mundo de los vivos.

### CRÓNICA PARISIENSE

Tiene el otoño para los hijos de Lutecia clemencias y sonrisas de que se muestran avaras las demás estaciones. Soplan suaves brisas, y el sol, benigno y pródigo, lo inunda todo de espléndida luz; y todo convida á los goces del campo y á la contemplación del sublime espectáculo de la naturaleza. ¡Qué de arrullos matinales en las umbrosas alamedas de los bosques y en las melancólicas fresnedas de los ríos! ¡Cuántos idilios esbozados cada tarde, á los suaves resplandores del crepúsculo, por la juventud que ama y cree!

El campo es delicioso en esta reposada estación. Las arboledas, envueltas en ligera bruma, tienen un aspecto vaporoso que encanta. Por ellas vagan, sueltos ó aparejados, románticos seres que se engolfan en imaginaciones sin fin, esperando tal vez que de los misteriosos lagos de donde suben esas brumas en tenues espirales, surja alguna banda de Walkyrias. Los árboles, con el oro de sus hojas que empiezan á secarse, forman en esas mágicas decoraciones variadas sombras en que gorjean alegres pájaros.

Los cambios de decoración son de un efecto magnífico. Sombras y neblinas, brumas y vapores se desvanecen á los primeros rayos del sol, de ese espléndido sol que dora las capas de los árboles é inunda el paisaje de voluptuosa luz.

Pero la inmensa mayoría de los parisienses carecen de medios para proporcionarse diariamente tan maravillosos espectáculos. Esta enorme población que consagra seis días de la semana á un trabajo activo, con frecuencia enervante y abrumador, sólo dispone del domingo para salir al campo á dar esparcimiento al espíritu y reposo al cuerpo. Entonces no hay vehículos bastantes para transportar á los que con alegre apresuramiento van á pasar el día de asueto fuera de la ciudad. Se forman colas interminables en los embarcaderos de los vaporcitos que llevan millares y millares de viajeros hacia Charentón ó hacia Suresnes, puntos extremos del itinerario, remontando ó descendiendo el Sena.

Las estaciones de los tranvías y de los ómnibus rebosan de gente, que con el número de orden en la mano, esperan turno para trasladarse á las puertas de la ciudad.

Los trenes de la *Banlieue*, formados de interminables hileras de coches provistos de incómodos imperiales, transportan á cada momento una apiñada muchedumbre que se va desgranando en las estaciones. En la de San Lázaro entran y salen diariamente novecientos trenes, atestados de viajeros.

Para los que viven en las estrechas calles del París antiguo, el campo empieza en las fortificaciones, y



UNA BELLEZA INGLESA

cuadro de R. Madrazo (de fotografía de la Sociedad fotográfica de Berlín)



EL DOMINGO EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS. — En la estación de Saint-Lazare. — En los vapores del Sena. Dibujos de Salvador Azpiazu

estiman que casi es extralimitarse ir á merendar sobre el césped del bosque de Vincennes ó del parque de Saint-Cloud. Los aficionados á la pesca se escalonan en las márgenes del Sena y del Marne. Los de instintos aristocráticos van á Saint-Germain-en-Laye, desde cuya terraza se contempla uno de los más bellos panoramas de las cercanías de París, y cuyo hermoso castillo recuerda las hazañas de Francisco I, espejo de galantería, y la ópera *Rigoletto*, que dramatiza una de las aventuras amorosas del caballeroso monarca.

Los que gustan de poéticas umbrías van á turbar la tranquilidad del parque de Saint-Cloud, sitio real favorito de Napoleón III; y allí encuentran ocasión oportuna para meditar sobre lo efímero de las grandezas humanas. Como si al derrocarse el tercer imperio hubiese tenido que hundirse lo que más íntimamente había estado unido á la existencia de Luis Bonaparte, fueron destruidas en el año terrible sus dos habituales residencias: la de las Tullerías por los incendiarios de la Commune; la de Saint-Cloud por los incendiarios del ejército prusiano. De ésta se han conservado hasta ahora las vacilantes ruinas, como testimonio del vandalismo que presidió á la última guerra internacional, dada en nombre de la civilización y del derecho. Hoy queda en Saint-Cloud, como principal curiosidad, la famosa cascada, que parece haber servido de modelo para las apoteosis de todas las comedias de magia.

Los aficionados al *sport* náutico, evolucionan entre Courbevoie y Asnières, si son *canoiers* del Sena; ó entre Noisy y Joinville, si son nautas del Marne. Las aguas de Nogent son en el actual momento histórico las escogidas para las grandes regatas. Al pie del Viaducto se instalan las tribunas en que toman asiento los jurados, los orfeones y las familias de los campeones pertenecientes á los diferentes clubs náuticos. La fiesta se ter-

mina con iluminaciones y fuegos artificiales, y después de todo no hay nada que electrice tanto á las muchedumbres como los estampidos y el olor de la pólvora.

Los ciclistas tienen sus principales centros en la avenida de la Grande Armée; su puerta más común de salida es la de Maillot, y su primera etapa el puente de Suresnes. Por un lado termina el Bosque de Bolonia, y por el otro empieza la pintoresca villa, renombrada por su clarete que recuerda el albillo de Madrid.

Las terrazas de los cafés están rodeadas de soportes para las bicicletas. Allí se toma el *cognac* de la mañana, al salirse de excursión, y allí se reunen, por

ciarse en la del campo, hay que permanecer en él más ó menos tiempo. Sus tipos y sus costumbres les son tan poco conocidas como las flores silvestres. Los campesinos no siempre logran interesarles; pero llaman poderosamente su atención algunos detalles de su vida; lo más pintoresco de su traje; lo más curioso de su ajuar; sin pensar que en el fondo de aquellos seres se ocultan á menudo conmovedoras penas y tristes preocupaciones, y que sus quejas son frecuentes y sus inquietudes continuas.

Virgilio, al personificar al campesino en Títilo recostado á la apacible sombra del haya corpulenta y cantando, tranquilo y sosegado, el dulce nombre de Amarillis, no fué, en suma, más que un vulgar misticador.

Los domingueros aficionados al *sport* hípico pasan el día en Montmorency ó en Robinson. Este último no es un pueblo, ni siquiera una aldea; es un grupo de restaurants, rodeados de parques. No hay en los contornos de París ningún sitio que se le parezca, ni por su aspecto general, ni por el público que lo frecuenta.

Tiene la ventaja de asentarse en la falda de una pintoresca colina. Situado á veinte minutos de Sceaux, parece un pequeño arrabal de esta antigua subprefectura. Al bajar del tren, en la hermosa villa de Florián, no se oyen más gritos que los de: «¡A Robinson! — ¡Un asiento para Robinson! — ¿Quién sube á Robinson?» Los que así gritan son los mayores de las jardineras que esperan en la estación.

Aunque el camino es corto, hay que andarlo en carri-coche. Este forma parte del programa. Pero no empieza aquí lo pintoresco del viaje. El tren de París á Sceaux recuerda la infancia de los ferrocarriles. No se ve en esta vía ninguno de los perfeccionamientos que la mecánica, al progresar, ha introducido en la marcha y evolución de los trenes.

Y en Robinson nos hallamos transportados á una



EL DOMINGO EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS. — En el andén. Dibujo de Salvador Azpiazu

la tarde, á la hora del aperitivo, los velocipedistas que regresan de sus *records*. No hay, tal vez, en los alrededores de París sitio alguno que ofrezca más animación en las tardes de los días festivos.

Muchos parisienses toman por límite extremo de

época mucho más atrasada. Sin gran esfuerzo de imaginación, podemos creer que figuramos en alguna novela de Paul de Kock.

La alegría expansiva y bulliciosa de la gente trae á la memoria á los estudiantes de principios de este siglo, que tan fielmente ha descrito Murger en sus mejores obras.

Las mujeres, jóvenes todas y casi todas bonitas (no es sitio frecuentado por viejas), responden con bastante exactitud á la idea que nos formamos de la antigua *griseta*.

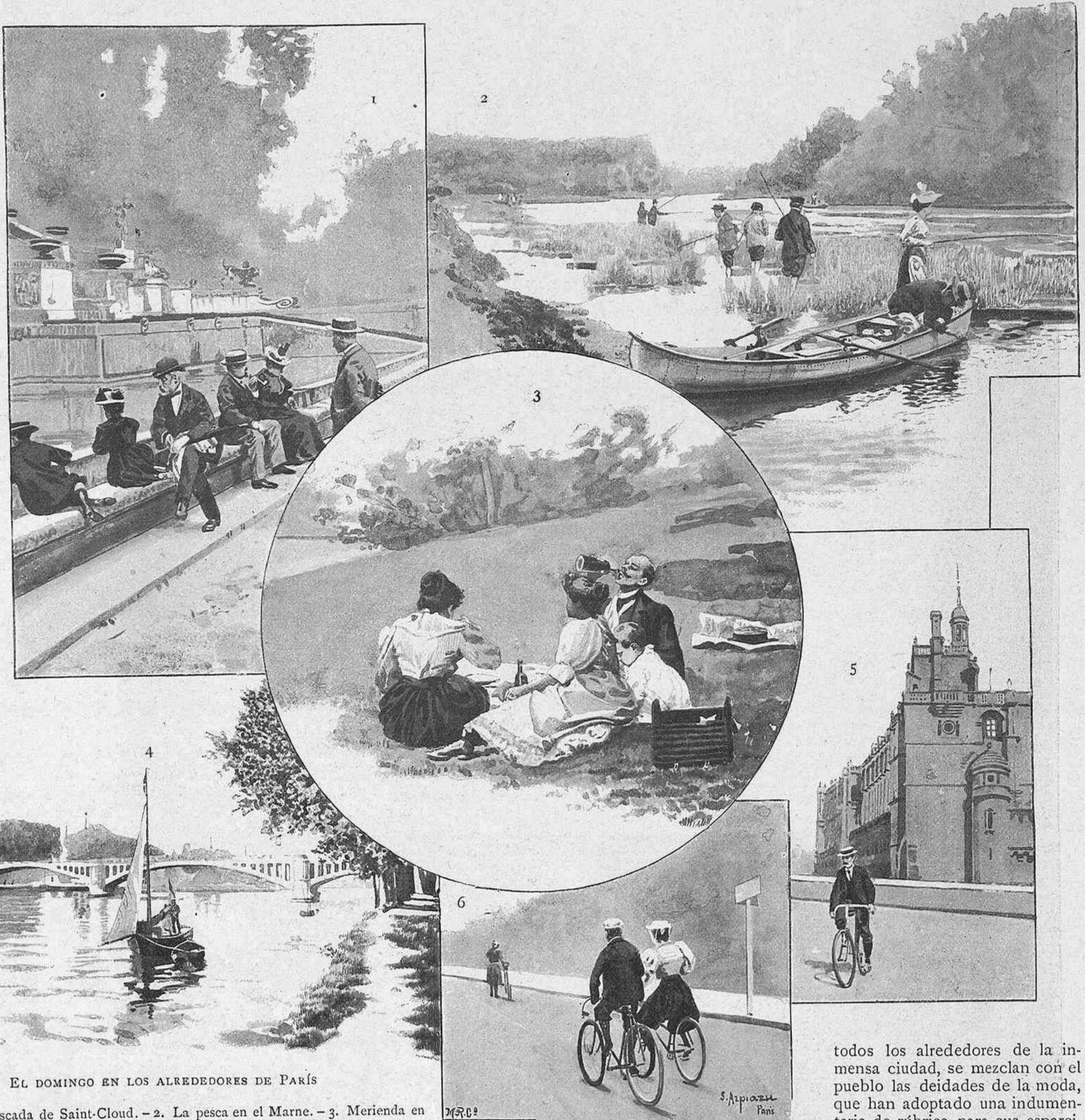
La gran diversión consiste aquí en montar á caballo ó en burro, y las improvisadas amazonas despliegan en estos ejercicios de equitación un brío juvenil y una gran exuberancia de alegría. Son más intrépidas que sus caballeros acompañantes.

Hay en Robinsón un castaño gigantesco que goza de gran fama en toda la

Del *segundo piso* del árbol la vista es espléndida; descúbranse todas las bonitas aldeas de los contornos; en el vasto panorama aparecen Bagneux, Fontenay-aux-Roses, Bourg-la-Reine, Chatenay, Arcueil-Cachan, Villejuif, L'Hay, Sceaux y casi todo el valle de Aulnay, donde yo tuve, allá por los años de 1879, alquilada una casa con un magnífico huerto, junto á la quinta del duque la Rochefoucauld en que Chateaubriand escribió gran parte de su obra *El genio del cristianismo*. A la derecha de Bourg-la-Reine se destaca el soberbio palacio que el duque de Trevisé hizo edificar sobre los cimientos del famoso castillo del Maine, destruído durante la Revolución.

Los jinetes, *buscando mayor espacio*, se dispersan por el bosque de Verrières, bajo cuyos tilos se apean para rendir fervoroso culto á los dioses inmortales, y especialmente á Baco y al Amor.

Aún á tal distancia llegan las oleadas de la vida parisiense, y aquí, como en



EL DOMINGO EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS

- 1. En la gran cascada de Saint-Cloud. - 2. La pesca en el Marne. - 3. Merienda en la pradera - 4. El puente de Suresnes. - 5. El castillo de Saint-Germain, en Laye. - 6. El camino en bicicleta. Dibujos de Salvador Azpiazu.

comarca, y no hay parisiense de la bohemia alegre que no quiera comer, siquiera una vez en su vida, encaramado en el célebre árbol. Este desafía con sereno orgullo la competencia de numerosos rivales que sostienen aéreos cenadores en sus ramas. El auténtico *árbol de Robinsón* los domina á todos con su corpulencia y elevación enormes. El coloso triunfa. Sin ninguna clase de artificio, soporta en sus robustas ramas dos grandes kioscos, cada uno de los cuales puede contener un considerable número de personas. Mas para el gran árbol, como para el cielo, son muchos los llamados y pocos los escogidos. La mayor parte de los excursionistas domingueros tienen que contentarse con castaños de segundo ó tercer orden.

El modo de subir los manjares y los cubiertos es de la más rústica sencillez. El mozo los coloca en una de las dos cestas que penden de los extremos de una cuerda pasada por una polea y de que tiran los comensales.

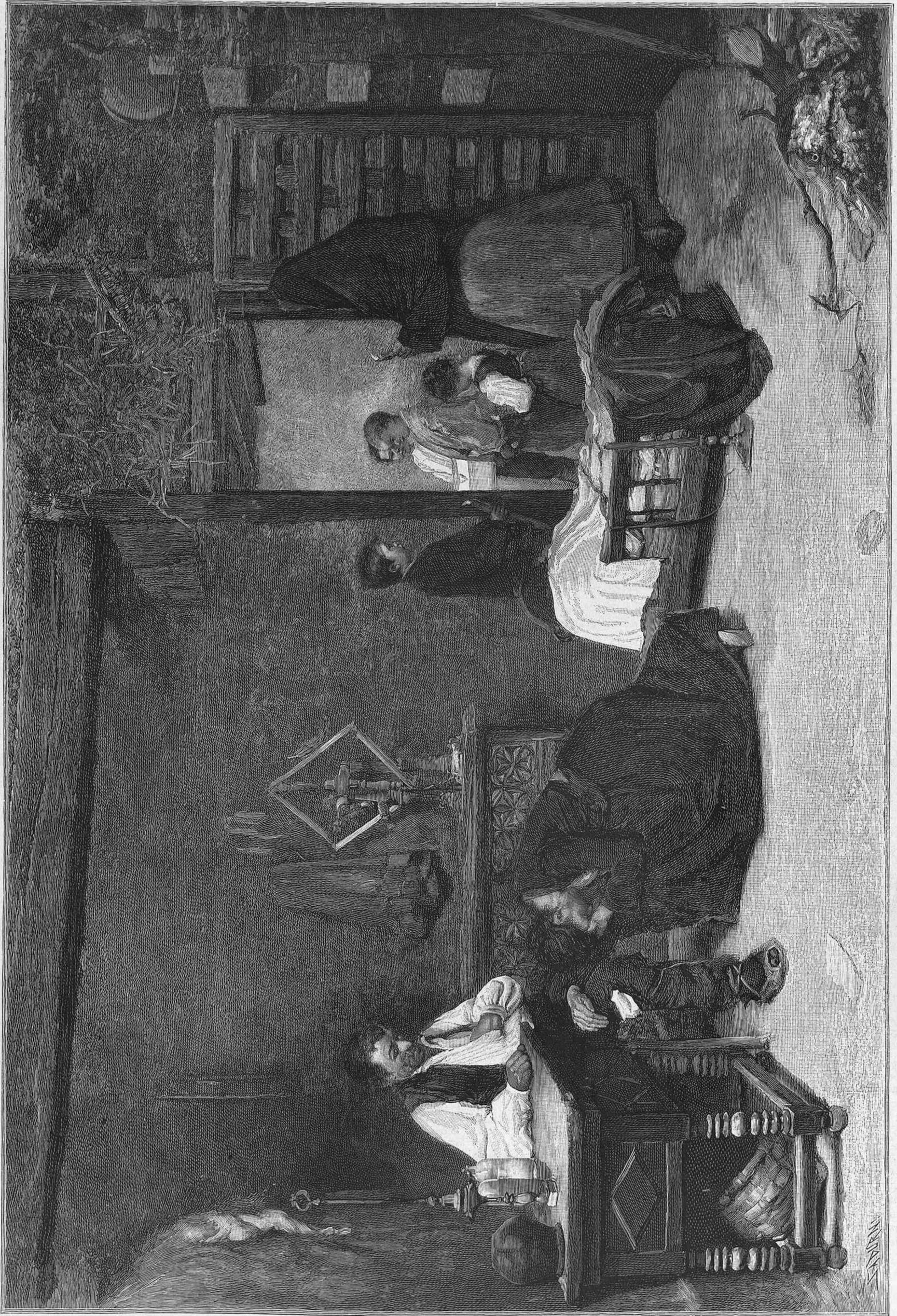
La cesta se columpia en su viaje ascensional; las salsas se vierten por las ramas del árbol; pero ¿quién repara en pelillos cuando se come en el aire?

mentales, escoltadas por sus admiradores. Circulan por las umbrías *victorias* y *kars*, *breaks* y *landós*, *calesas* y *cupés*; pero el *cupé* triunfa en toda la línea.

El *cupé* es el coche que más conviene á las beldades decadentes, porque la penumbra que fácilmente se puede obtener en su interior, vale tanto como la del *boudoir* mejor dispuesto. Toda esa falange de fervientes adoradores que caracolean alrededor de ciertos carruajes, sentirían menos entusiasmo si las damas que van en esos *cupés* arrostrasen la *plena luz* del coche descubierto.

Pero ¿quién no se entusiasma por el campo, sobre todo cuando la naturaleza, sonriente y animada, hace alarde de sus galas más hermosas? Cuando agobiados por el trabajo de largos días estivales, sentimos la necesidad de dar reposo al cuerpo y esparcimiento al espíritu; cuando anhelamos respirar puros ambientes, nos atrae el maravilloso espectáculo de la naturaleza; y entonces nos parece que plantas y flores, aves y fuentes, cielo y tierra rivalizan en belleza y armonía por el universal concierto que se ofrece á nuestra admiración y á nuestro encanto.

JUAN B. ENSEÑAT



LA CUNA VACÍA, cuadro de Luis Menéndez Pidal, premiado con medalla de oro en la Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1892



EL DÍA DE DIFUNTOS EN MADRID

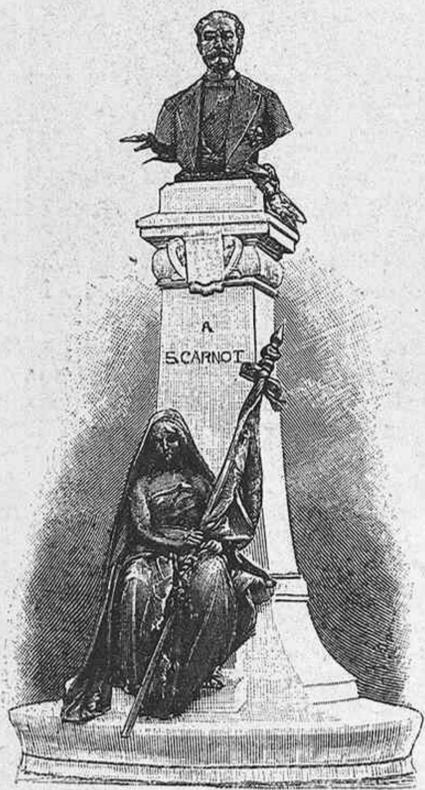
En el cementerio, dibujo de Narciso Méndez Bringa

## NUESTROS GRABADOS

**Buzón equivocado, cuadro de León Girardet.** - La comunicación epistolar entre los enamorados no ha sido siempre tan fácil como ahora en que por un lado los padres vigilan menos y por otro ciertas secciones de algunos periódicos permiten impunemente sostener continua correspondencia en términos claros ó en palabras cifradas. Mas no por eso dejaron de enviarse cartitas y recados los que bien se quisieron, ya que hasta la más exquisita vigilancia estaba expuesta á un descuido inmediata y hábilmente aprovechado, ni faltaba en último caso un amigo ó un criado complacientes que á las mismas barbas de los guardadores y prevalidos de la confianza que á éstos inspiraban hacían llegar un billete amoroso á manos de la interesada. Estos procedimientos de astucias y engaños tenían, sin embargo, sus inconvenientes, y más de una vez la misiva fué interceptada por obra de la casualidad ó de un lazo ingeniosamente tendido. El bellissimo cuadro de Girardet es la exposición gráfica de uno de estos inconvenientes: salieron los dos amantes de paseo con el padre de ella, y cuando él creyó más distraído y más enfrascado en su conversación al viejo, sacó disimuladamente del bolsillo la carta y alargóla á la joven, que se disponía á recibirla. Pero quiso la fatalidad que más distraído aún que el mismo padre el novio, calculase mal la distancia y no advirtiera que la mano que recogía el billete era precisamente la de aquel á cuya vigilancia había querido sustraerla. El efecto cómico de este lienzo y las innumerables bellezas de ejecución que en él ha prodigado el artista hacen más preciosa y digna de todo elogio la obra del pintor francés.

**Una belleza inglesa, cuadro de R. Madrazo.** - Con razón se ha llamado á la familia de los Madrazos dinastía de pintores insignes: este apellido puesto al pie de un cuadro es segura garantía de la bondad del mismo, y no sólo en España sino en el extranjero son estimadas como joyas las obras que lo llevan. Los retratos de los Madrazos, especialmente, son en todas partes objeto de unánimes alabanzas, y los personajes más ilustres y las damas más elegantes, así los contemporáneos del eminente D. Federico como las que hoy acuden al taller de Raimundo, han querido ver su efigie trazada por los pinceles de tan afamados maestros. La belleza inglesa que hoy reproducimos justifica una vez más esa predilección, porque en ella, además de las líneas que constituyen la fisonomía física, admira la expresión que anima cada uno de los rasgos del hermoso semblante y da á conocer el modo de ser psíquico de la persona retratada.

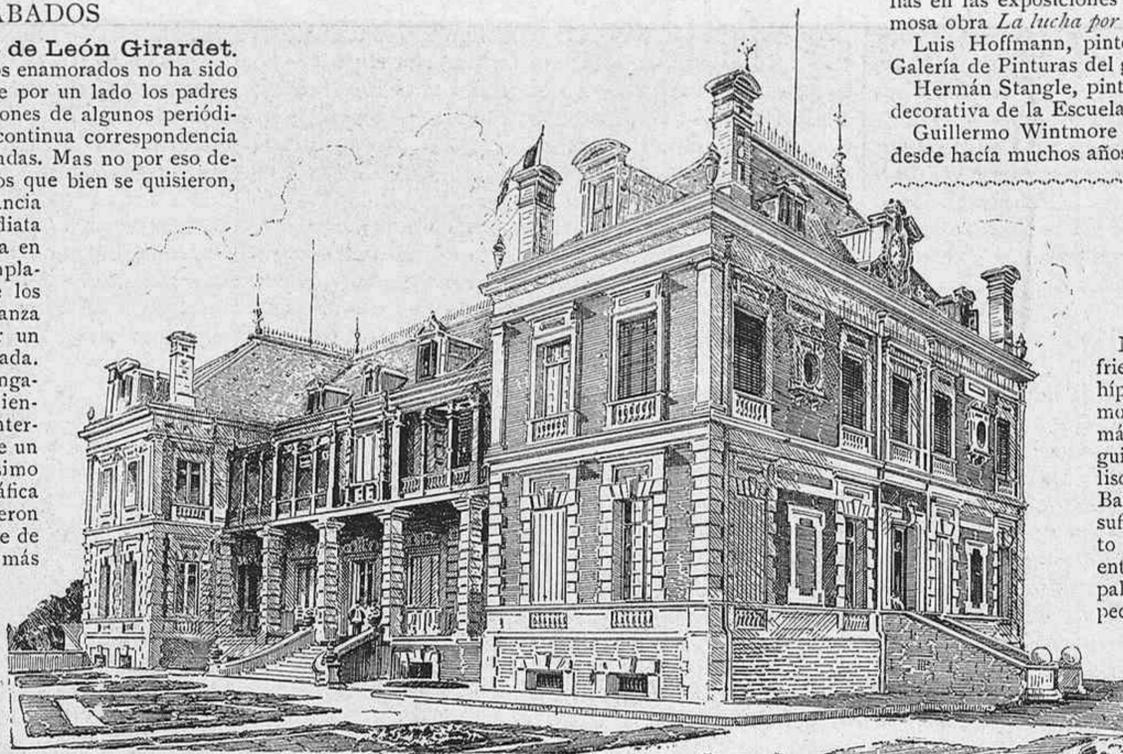
**Monumento á Carnot en Fontainebleau.** - Hace pocos días inauguróse, en presencia del presidente de la República, el monumento erigido en la plaza del Mercado de Trigo en Fontainebleau á la memoria de Sadi Carnot, villanamente asesinado en Lyon en junio del año pasado. Este monumento, que reproducimos en esta página, se compone de un basamento circular de piedra, sobre el cual se alza una pirámide cuadrangular coronada por el busto de aquel presidente: apoyada en la pirámide una estatua de Francia, de bronce tam-



Monumento erigido en Fontainebleau á la memoria de Carnot, obra de Peynot

bién, vestida con negros ropajes, empuña con la mano crispada por el dolor la bandera francesa. Sencillo y severo, el monumento honra á su autor el escultor Peynot.

**La cuna vacía, cuadro de Luis Menéndez Pidal.** - Después de haber presentado dos cuadros en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1887, envió al concurso abierto por *La Ilustración Española y Americana* en 1889 su cuadro *A buen juez mejor testigo*, que en la exposición del año siguiente obtuvo medalla de segunda clase. En la



MADAGASCAR. - El palacio de la embajada francesa en Tananarive. (Véase la explicación en la página 734)

Internacional de Bellas Artes de Madrid de 1892 fué recompensado por unanimidad con medalla de oro *La cuna vacía*, que en este número reproducimos y que se juzgó como una de las obras más hermosas de cuantas figuraban en aquel certamen. Este cuadro, perfectamente compuesto, tiene trozos pintados de una manera admirable y todo él respira sentimiento, produciendo emoción hondísima en cuantos lo contemplan. Menéndez Pidal, que nació en Oviedo en 1860, es, según ha dicho un ilustre crítico, colorista de la buena escuela española; sus cuadros tienen una entonación asombrosa y son de una sencillez admirable, y ha sabido crearse un estilo propio que no se parece al de nadie, dando á sus pinturas ese tinte especial que en otros lienzos sólo el tiempo consigue imprimirles.

## MISCELÁNEA

**Teatros.** - En el teatro de la Comedia de Francfort se ha representado con gran aplauso la comedia de Lope de Vega *El mayor imposible*, correctamente traducida al alemán por Eugenio Zabel.

- En el Teatro Nuevo de Berlín la sociedad de ópera italiana de Souzegno ha cantado con buen éxito la ópera en un acto de Coronaro *Festa a Marina*.

- Con ocasión del quincuagésimo aniversario del estreno de Tanhauser, se ha dado en el teatro de la Corte de Dresde una serie de representaciones de las principales óperas del célebre Wagner.

- En el teatro de la Corte de Viena se ha cantado con extraordinario éxito la ópera cómica en dos actos de Massenet *La Navarraise*.

- El teatro Carlos de Viena, recientemente restaurado, ha comenzado la temporada con una opereta póstuma de Suppé, *El modelo*, completada por los compositores vieneses Stern y Zumara, que ha sido muy aplaudida.

**París.** - Se han estrenado con buen éxito el teatro Dejaset *Tous criminels!*, extravagancia-vaudeville en cuatro actos de Gascogne y Dehene, con algunas bonitas piezas de música de Bonnamy; en la Comedia *Le Faune* pastoral en un acto y en verso de Jorge Lefebvre, y en la Opera Cómica *La Navarraise*, ópera en dos actos de Massenet.

**Madrid.** - El teatro Real ha inaugurado brillantemente su temporada, habiéndose cantado hasta ahora *L'Africana*, *Lohengrin* y *La Traviata*, y han sido muy aplaudidos en la primera la señora Fierens y el Sr. Marconi, en la segunda las señoras Corsi y Leonardi y el Sr. Garulli, en la tercera la señora Darclée y en todas ellas el Sr. Goula, que ha dirigido la orquesta con su maestría habitual. El Español ha abierto sus puertas con la preciosa comedia de Rojas *Entre bobos anda el juego*, que representaron magistralmente la señorita Guerrero y los señores Jiménez, Díaz de Mendoza y Díaz (D. M.): terminó la función inaugural el entremés de Cervantes *Los dos habladores*, en cuyo desempeño obtuvieron muchos aplausos la señorita Valvidia y el Sr. Carsi.

**Barcelona.** - La eminente actriz Sarah Bernhardt ha dado siete representaciones en el teatro Principal: las obras puestas en escena han sido *Gismonda* y *La Tosca*, de Sardou; *Magda*, de Sudermann; *Fedra*, de Racine, y el tan popular drama de Dumas *La dama de las camelias*. En todas ellas la incomparable artista ha rayado á gran altura, cautivando con su hermosa dicción y con sus geniales recursos dramáticos al público y obteniendo en las siete funciones sendos triunfos que compartieron con ella algunos de los artistas de su compañía, que es la misma que actuó en la temporada pasada en el teatro de la Renaissance de París. En el Lírico los aficionados á la buena música han tenido ocasión de aplaudir en una serie de magníficos conciertos al justamente afamado cuarteto belga de M. Crickboom, que en unión de nuestro paisano el notable pianista señor Granados ha ejecutado de una manera admirable preciosas piezas de los grandes clásicos y de algunos compositores modernistas. En Novedades se ha estrenado con buen éxito un drama en tres actos del conocido novelista Luis del Val *El castigo de vivir*.

**Necrología.** - Han fallecido: Leopoldo Durnbauer, notable escultor austriaco que en 1892, á pesar de contar sólo 32 años, obtuvo varios premios y meda-

llas en las exposiciones de Viena, París y Munich por su famosa obra *La lucha por el pan de cada día*.

Luis Hoffmann, pintor alemán, profesor é inspector de la Galería de Pinturas del gran ducado de Darmstadt.

Hermán Stangle, pintor y director de la sección de pintura decorativa de la Escuela de Industrias artísticas de Maguncia.

Guillermo Wintmore Story, escultor americano establecido desde hacía muchos años en Italia.

## SPORT

El fracaso hípico. - Pelotarismo.  
Revolución en la bicicleta.  
Un nuevo yate.

No pudo ser mayor el fracaso que sufrieron los organizadores de las carreras hípicas en nuestro desdichado hipódromo, y que por cierto, aun cuando no fuera más que por la buena voluntad que les guiaba, bien merecían un éxito algo más lisonjero; pero hay que desengañarse: Barcelona no cuenta con *cuadras* propias suficientes para mantener sin decaimiento una serie de carreras que despierten entre el público inteligente el interés palpitante que ofrecen esta clase de espectáculos. Además el emplazamiento del hipódromo deja mucho que desear, y esto perjudica no poco al desarrollo de ese género de *sport*. Las carreras del 13 lo probaron. Escasa concurrencia, las apuestas fueron escasísimas y entre los caballos que se inscribieron no pudo verse nada de notable, excepción hecha de «Alma», potro de pura sangre española.

Sigue en *crescendo* la pasión del público por los partidos de pelota. De continuo inauguráanse frontones, y lo cierto es que mayor es el número de edificios que el de pelotaris que en todos ellos puedan colocar la cesta ó pala en alto lugar: afortunadamente de cuando en cuando surgen verdaderas notabilidades que por sus poderosas facultades llenan de asombro á los inteligentes y sirven de estímulo y acicate á los del *gremio*. Tal está ocurriendo con Miguel Sabarte (a) el Chiquito Mondragón. Joven, casi un niño, pues sólo cuenta 16 años, tiene ya sólidamente sentada una envidiable reputación. Pelotaris de primera línea han sido arrollados por el joven vizcaíno. La pareja casi invencible de Portal-Chiquito fué humillada por Sabarte con Ayesterán. El Chiquito de Ondarroa, el de Abando, Igüeldo, célebres pelotaris todos ellos,



NUESTRA GENTE,  
cuadro pintado por Cristóbal Monserrat

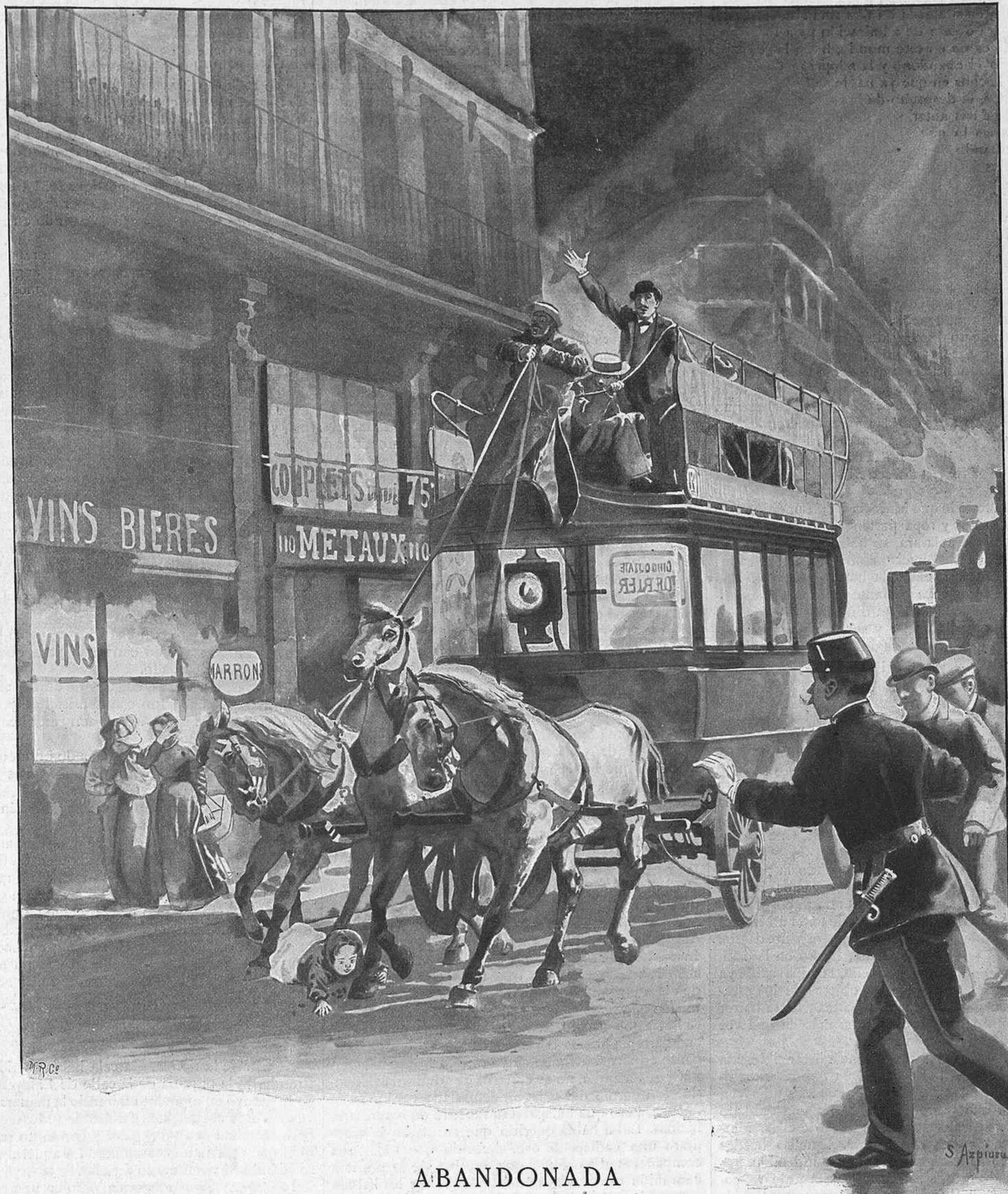
sufrieron igual suerte, y sólo falta que presenciemos acaso en Barcelona y dentro de breve tiempo un desafío con el colosal Belouqui para que por aclamación se coloque en primer término el nombre del aventajado y ya famoso pelotari bilbaíno.

Hay que convencerse: aun dentro del *sport*, la comodidad y holgazanería se imponen al ejercicio. Dígalo si no el notable y rápido incremento que va tomando la bicicleta mecánica, que impulsada por la gasolina ó el vulgar petróleo transporta á centenares de kilómetros á su descansado jinete. Hay en la actualidad en Burdeos un certamen de carruajes y vehículos mecánicos que con seguridad han de proporcionar completas transformaciones en el *sport* velocipedico. Con esto pasará como con el *yachting*: que la navegación á vapor dominó por completo á la de vela, quedando ésta sólo reservada á los verdaderos *amateurs*.

Hoy se cuentan en considerable número, así en Bélgica como en Alemania, los triciclos y bicicleta-tandem movidos por propulsor mecánico, y cuya velocidad alcanza á veces hasta 35 y 38 kilómetros por hora; y como es natural, el ciclismo, que hasta ahora se ha considerado como un mero ejercicio *sportivo*, de hoy en adelante se mirará desde el punto de vista económico, cómodo y práctico.

El Real Yacht Club de esta Ciudad cuenta desde hace pocos días con una nueva embarcación más, propiedad del aficionado *yachtsman* Sr. Vilalta. El nuevo yate construído en Barcelona mide 12 metros de eslora, apareja de pailebot y pertenece al tipo americano «Bulb-Keel.» En breve se harán las pruebas de velocidad y resistencia.

E. FONTVALENCIA



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

IX

Marcela fué creciendo, y resultaba trabajo perdido el que se tomaba la herbolaria alargando sin cesar mangas y sayas, pues muñecas y rodillas se empeñaban en tomar el aire.

Bien pronto cumpliría seis años, según suponían sus protectoras; pero en realidad tenía seis y medio y era muy talluda para esa edad.

Luisa era ya casi una mujer; los tres años que acababan de pasar habíanla convertido en una joven alta y flacucha, de aspecto distinguido, pero de ticsura algo exagerada. En el colegio en que su madre la había puesto después de hacer la primera comunión, con el pretexto de enseñarle modales más finos, le habían hecho perder la afable y atractiva llaneza de su primera infancia. El sedimento de su primera educación del trato con las comadres de la vecindad y con la gente de plazuela, subsistía intacto aun cuan-

do no apareciera en la superficie, y resultaba mucho más antipático que en su estado primitivo, por cuanto había anulado sus buenas cualidades y no había extinguido también sus defectos. Estaba la chica en esa edad ingrata y tenía esa educación presuntuosa y espetada que tan antipáticas hace á las muchachas que no acostumbradas á ella, la reciben luego como aditamento que se despega del conjunto.

En el colegio le habían dicho que recogiendo á Marcela había realizado una buena acción. En tanto que no lo supo, estaba encantadora en su papel de protectora sin pretensiones; pero en cuanto se convenció de ello, exigió que la huerfanita tuviera para con ella una deferencia respetuosa á la que la pobre-cilla no sabía avenirse.

Marcela había vivido en casa de sus padres como crecen las flores: para alegrar el corazón y los ojos y para crecer en libertad. La señora Favrot no le había pedido otra cosa; aquella niña le recordaba á la que

poco tiempo antes acompañara al sitio de su eterno reposo y se le antojaba enviada por la Providencia.

Por muy superior que creamos nuestro espíritu de los vulgares errores, lo cierto es que en el fondo de todas nuestras buenas acciones hay su poquito de superstición, oculto sí, invisible á la mirada, pero que nos es casi imposible aniquilar del todo.

Cuando los vecinos y los amigos nos dicen que una acción nos ha de traer la dicha, nos sonreímos de su candidez, pero allá en nuestro fuero interno esperamos que efectivamente la dicha ha de venir por ahí.

La señora Favrot sobre todo esperaba que Marcela sería su buena hada. Efectivamente, durante dos años la tienda prosperó de un modo asombroso. Todo el barrio se había conmovido al saber aquella trágica aventura; todos querían contemplar la pequeñita que habiendo perdido su familia, había hallado otra nueva. Los cumplidos, los regalos, las compras, algunas

veces innecesarias, afluyeron á la estrecha tienda en que Marcela, encaramada en una silla alta detrás del mostrador, era objeto de admiración para todos.

Pero todo cansa en este mundo, hasta la generosidad. Cuando el abandono y la adopción de Marcelita fueron hechos en que ya nadie se fijaba en fuerza de saberlos, el despacho de la señora Favrot quedó reducido á sus anteriores proporciones. No eran las privaciones lo que venía; pero tampoco podría seguir disfrutando de la posición desahogada, conseguida gracias á la curiosidad y al buen corazón de que hasta entonces habían dado prueba las comadres del barrio. Entonces advirtió la herbolaria la carga enorme que representa mantener un hijo más.

Quería á Marcela sin embargo. La discreta charla de la niña, su carácter dócil y amable, la hacían querer de todo el mundo y le costaban muchos reproches. ¿En qué pararía más tarde? Era imposible predecirlo, pues su naturaleza sensible y dúctil se prestaba á todas las influencias.

La víspera de un primero de año, la señora Favrot advirtió, al repasar sus cuentas, que sus negocios no marchaban del todo bien y que debía unos centenares de francos. Era poca cosa; los resfriados y otras enfermedades de la primavera próxima restablecerían el equilibrio, con ayuda de las pastas pectorales, de las pastillas de goma y del liquen de Islandia; pero no por eso dejaba de ser un déficit, y la inteligencia práctica de la herborista descubrió pronto la causa á que se debía.

Aquel año todo lo que Marcela había podido aprovechar de vestidos y ropa pertenecientes á la pequeña á quien reemplazara, se había destrozado por completo y había sido preciso comprarle nuevo ajuar. Consultando otras cuentas, la buena mujer advirtió que Marcela le costaba bastante dinero. Los zapatos sobre todo le costaban un dineral.

Calculando mentalmente y sumando las cantidades gastadas en la manutención de la niña, resultaba que Marcela había costado precisamente lo que faltaba á la señora Favrot para nivelar sus cuentas.

— ¡Pobre niña!, dijo lanzando un profundo suspiro y cerrando sus libros con desconsuelo. En fin, trabajaremos un poco más y todo se arreglará.

Pero los ingresos no aumentaron, y una letra de cien francos que se presentó en un momento de penuria, obligó á la herbolaria á tomar prestado para pagarla, y entonces la cantidad que representaba la manutención de la hija adoptiva surgió más de una vez ante los ojos de la señora Favrot durante sus largas vigiliás.

Fué aquel año precisamente cuando la primera comunión de Luisa impuso nuevos gastos. En los primeros días que siguieron á su entrada en el colegio, su madre se consideró dichosa de tener á Marcela á su lado, pues le servía de compañera y no dejaba que sintiera el vacío que se había hecho en la casa.

Aun cuando fuese tan pequeña, la niña sabía ya arreglar los cajones, limpiar los objetos de los escaparates, quitar el polvo de todas partes y hasta barrer la tienda con una gran escoba, que más de una vez le levantó chichones en la frente.

Por lo que sentía una repugnancia invencible, una repulsión instintiva, por el bocal en que se amontonaban las sanguijuelas. Cuando la señora Favrot, para servir á una parroquiana, movía con cuidado dentro del agua transparente algunas de ellas, Marcela apartaba los ojos con horror. Aquellas bestias negras y viscosas le causaban un asco indecible.

Exceptuando esto, siempre dispuesta y alegre, conocía el precio y el peso de muchas mercancías corrientes, y la señora Favrot se fiaba de ella para despachar á las clientes ordinarias. Se acercaba el día en que prestaría verdaderos servicios á la herborista.

— Si la tuviera conmigo, dijo la señora Jalín un día, la enviaría al colegio, pues tiene ya edad para aprender á leer.

La señora Favrot reprimió un gesto de desagrado. — Tiempo hay, replicó; ahora no quiero privarme de ella para enviarla al colegio; la necesito aquí. Y además, la enseño ya á coser y hacer calceta.

La planchadora no contestó y siguió con la mirada los ágiles dedos de Marcela que pasaba con trabajo la aguja por un retazo de tela amarillenta.

— Irá al colegio cuando Luisa haya salido de él. Mi hija me cuesta ya mucho y los negocios no van bien. Ya comprende usted que, después de todo, no estoy obligada á hacer ningún sacrificio por esta niña.

La señora Jalín reprimió un gesto de contrariedad; hubiese querido tapar los oídos de Marcela para que no oyera aquellas palabras. Pero ya no había remedio, la niña las había oído y levantó la mirada hacia su protectora con una singular expresión de duda y de tristeza. Evidentemente no era la primera vez que tal concepto había sonado en sus oídos y que aquellas palabras despertaban en su mente deseo de que

le fueran mejor explicadas. Pero sumisa como siempre, nada dijo y continuó cosiendo.

— Me parece, contestó la planchadora, que á todos debe dársenos la educación necesaria.

— ¿Y quién dice lo contrario?, replicó la señora Favrot con tono agrídulce. Pero cuando se ha hecho ya todo lo imaginable y cuando se han contraído deudas para quien en realidad no es de la familia, me parece que cuando menos se tiene el derecho de escoger la ocasión oportuna para dar esa instrucción que hoy es tan necesaria. Marcela irá al colegio; mas será cuando Luisa habrá salido de él. Hasta entonces, quiero tener la libertad de dejar la tienda cuando sea preciso, sin tener que pedir á alguna vecina que esté al cuidado de ella. Marcela hace esto perfectamente, si bien es verdad que es cosa poco difícil.

La niña alzó los ojos de nuevo, pero con expresión de contento. Todo lo que pedía era poder ser útil. A menudo había advertido que era una carga para la que la recogió, y aun cuando era demasiado niña para conocer el orgullo y sobrado sumisa para sentir la humillación, no por ello dejaba de pesarle aquel reproche y sólo deseaba una cosa en este mundo: poder prestar algún servicio á fin de no oír decir que era una carga para aquellos á quienes amaba.

La planchadora recogió su cesta y besó á Marcela al pasar. Había pensado muchas veces proponer á la señora Favrot que buscara un alma caritativa que quisiera encargarse de la niña; pero comprendía que aquello no sería del agrado de la herbolaria. Esta tenía empeño en conservar el prestigio moral que resultaba de su buena acción, que todo el mundo le alababa, no menos que el beneficio material que le reportaban los servicios prestados por la niña, que era tan útil y mucho menos costosa que una criada.

¡Una criada! Esa era la palabra verdadera. A medida que fué creciendo y que se halló en disposición de prestar servicios, por su propia voluntad más bien que por la de la señora Favrot, había ido descendiendo de su posición de hija adoptiva, y por su propio impulso y á fuer de reconocida, convirtiéndose en Cenicienta. Primeramente se había ofrecido á hacer los recados; luego se le impusieron como obligatorios. Por su cuenta aprendió á arreglar los cajones y á limpiar la tienda, y ahora debía hacerlo cada semana. Todo lo que había intentado y hecho á conciencia, se había convertido en deber suyo, y por consiguiente á título de deber ya no era recompensado con buenas palabras. Apenas una vez que otra recibía alguna palabra cariñosa. Tal es el mundo; y no es á menudo sobre esta tierra donde la paz del Señor desciende á los corazones de los hombres.

\*El último sábado de octubre era para Luisa Favrot un día de salida completa. Es decir, que del sábado por la noche al lunes por la mañana la herboristería cambiaba de dueña. Siempre mimada por su madre, Luisa había adquirido en el colegio al lado de las señoritas bien educadas que tenía por compañeras de clase un tono de superioridad que se imponía á su misma madre.

Esta, que interiormente se envanecía de ver que su hija tenía gustos tan delicados y que era tan elegante en sus movimientos y en todo lo que concernía á su personita, no se cansaba de admirarla vistiendo el uniforme del colegio, demasiado caro para su fortuna, pero que halagaba su vanidad de madre ambiciosa. Luisa había querido que su madre le comprara una cadena de oro, diciendo que todas sus compañeras de colegio con motivo de la primera comunión ostentaban aquella alhaja que les habían comprado sus padres. El reloj y la cadena se compraron, pues, y ¡quién sabe si aquel regalo era causa de que la madre hubiese contraído deudas!

Luisa llegó á las seis del sábado en compañía de su madre; entrando en la tienda que estaba al cuidado de Marcela y de su amiga la planchadora, Luisa hizo á ésta un saludo protector.

Marcela se había lanzado á su cuello, pero Luisa la besó sin efusión y con un aire muy digno y maternal. En el colegio había visto que de tal modo besaban las madres á sus hijas y ella las imitaba. Un poco sorprendida y extrañada de aquella acogida semi-impertinente, Marcela se quedó inmóvil y casi con ganas de llorar.

Cuando fueron á comer en la trastienda la señora Favrot y las dos niñas, Luisa, después de haber hecho una serie de preguntas, dirigió la palabra á su madre con un tono que ésta creía de suprema distinción y que resultaba impertinente.

— ¿Y esta chiquilla?, dijo indicando á Marcela. ¿Se porta bien?

— Sí, no es muy mala, contestó la señora Favrot. ¡Que no era muy mala! Marcela tenía conciencia, en su infantil imaginación, de que merecía mucho más que aquello. Nada contestó, sin embargo, como tenía por costumbre; pero con algunas ganas de llo-

rar, se ocupó en servir y quitar la mesa con una habilidad sorprendente para su edad. Terminada la comida, todas entraron de nuevo en la tienda donde ardía un mechero de gas.

A través de los cristales medio ocultos por objetos de toda especie, suspendidos en grandes ganchos de hierro, se veía cómo el reflejo de los faroles temblaqueaba sobre el suelo mojado. Era una de aquellas primeras noches de invierno que tanto hacen echar de menos el verano, y en que el escalofrío de los primeros días tristes sacude los miembros, causando algo así como un dolor amortiguado. La tienda quedaba templada por el gas, pero por debajo de la puerta el viento glacial penetraba, trayendo en sus alas el olor acre del barro de la calle.

— Quisiera comer castañas, dijo de repente Luisa, acurrucándose cómodamente en el ángulo de un banco acolchado que estaba junto al mostrador; envía á Marcela á comprarlas, mamá.

— Si creo que no las venden todavía, contestó la señora Favrot.

— Sí. Ahora mismo, cuando venía, he visto al hombre que las vende cada año en la taberna de la calle de Trevisse. No hay nada tan bueno como las primeras castañas. Da veinte céntimos á Marcela, mamá, y tú vé aprisa.

La señora Favrot vacilaba, sintiendo á un mismo tiempo temor y avaricia. No tenía ganas de enviar á la niña, siendo tan tarde — daban las nueve, — á través de la calle de Lafayette, llena siempre de carruajes. Luisa tiró del cajón, sacó veinte céntimos y los dió á Marcela.

— ¿Sabes dónde está la calle de Trevisse, eh? Enfrente de los ómnibus. Vé corriendo y no te comas las castañas por el camino.

— Anda con cuidado que no te atropelle ningún coche, añadió la señora Favrot.

Marcela contestó con una sonrisa, cerró la puerta con precaución y salió corriendo para obedecer lo que le habían mandado.

Las ligas, biberones, collares de ámbar amarillo y de hueso entrecorcaron con el cristal de la puerta y las hierbas secas se movieron con ruido extraño durante un momento.

— He hecho mal, dijo después de un momento de silencio, en dejar salir á la pequeña, pues no tiene costumbre de atravesar las calles.

— Pues qué, ¿caso no la envías á ningún recado?

— Sí, pero no por la noche. — Vaya, ya se irá acostumbrando. Me parece, mamá, que la mimas mucho. Piensa que nada tiene esta niña. Si tú le faltaras se vería precisada á mendigar. Es preciso que se acostumbre á servir á la gente.

¡Extraña sabiduría en boca de aquella niña de catorce años! Verdad era que su madre había dicho muchas veces cosas parecidas; pero en boca de su hija, sin embargo, la sorprendieron y se puso á hacer calceta sin hablar más, en tanto que Luisa acariciaba el gatazo, esperando las castañas que no llegaban.

## X

Al salir de la tienda, Marcela había corrido de un tirón hasta la esquina de la calle de Lafayette, y luego se detuvo un momento mirando la manera de atravesarla. Los coches, con faroles de todos colores, se entrecruzaban con tal rapidez y con tanto ruido, que ni el que estuviera acostumbrado á aquel movimiento se hubiese aventurado á pasar.

La pequeñuela era atrevida, pero en una noche de lluvia los coches lanzados al trote tienen un no sé qué de fantástico é imponente. El suelo refleja las luces, los mecheros del gas parece que tiemblan, los caballos que resbalan hacen movimientos irregulares é inciertos, y los ojos deslumbrados ven más oscura y lejana la acera de enfrente. Al cabo hubo un claro, Marcela tomó carrera, se salpicó de los pies á la cabeza en un charco de agua, y en el momento de ir á poner el pie en la acera, asustada por un latigazo que el cochero de un simón pegaba á su caballo, metió el pie en el agua que por allí corría, mojándose hasta las pantorrillas, aprisionadas en unas medias de grosera lana.

Corrió entonces sin parar hasta el puesto de castañas.

— Enséñame el dinero, dijo el auvernés, que desconfiaba de los chiquillos.

Marcela mostró los veinte céntimos que tenía en la mano.

El auvernés escogió cuidadosamente unas cuantas castañas bien tostadas; llenó con ellas una pequeña medida, tomó luego un cucurucho de papel, sopló para ahuecarlo y puso dentro de él su mercancía.

— Toma, hermosa, dijo presentando con una mano el cucurucho en tanto que tendía la otra para recibir el dinero.

Marcela se sintió vejada de ver que aquel hombre dudara de ella, siendo así que jamás había engañado á nadie, y nadie por lo mismo tenía derecho á creer en su mala fe. Pagó, sin embargo, sin decir una palabra, y se fué más despacio, pensando que aquel auvernés había sido injusto con ella.

La conciencia de una injusticia que con nosotros se comete es uno de los sentimientos más amargos de esta vida y nadie lo siente con más viveza que los niños.

El hombre se explica el porqué de muchas cosas. Alguna vez ha acusado en falso y se arrepiente de ello; puede, pues, excusar al que se engaña, y luego los mismos pesares de la infancia que le han indignado en otro tiempo concluyen por acostumbrarle á los sinsabores de la vida. Pero el niño inocente, que no tiene idea del mal, se siente ultrajado cuando se le acusa de una falta que no ha cometido ó de una mala inteligencia que jamás tuvo.

Marcela advirtió una injusticia en las precauciones del vendedor de castañas y se dijo á sí misma: «Es un mal hombre: no me gusta.»

Preocupada por sus pensamientos no pensaba en tomar tantas precauciones como antes para atravesar la calle. Sentía una especie de amargura extraña, y esa amargura le daba una indiferencia del peligro que hacía que lo despreciara.

Marcela no es que fuese desgraciada verdaderamente, pero sentía que Luisa le hubiese tratado con tan poca consideración. ¿Por qué la había recomendado que no se comiera las castañas? ¿Había, pues, niños que se las comían cuando les enviaban á comprarlas? Tal idea no había entrado jamás en su alma inocente de niña, á quien la señora Favrot enseñara los principios de la más estricta honradez.

Luisa le había dicho que no comiera las castañas y el auvernés había sospechado que no le pagaría. ¿Qué les había hecho á uno y otro para que formaran de ella tan mal concepto?

Asomaron las lágrimas á sus ojos cuando llegaba á la calle de Lafayette, que era preciso atravesar de nuevo. Con el desprecio de la vida que nace en el ser humano al sentir la punzada del dolor moral, la niña se lanzó valientemente entre aquella confusión de coches. Pasó un carruaje á su derecha, otro á la izquierda; gritos repetidos de ¡cuidado!, juramentos, ruidos de herraje que resonaban terriblemente á sus oídos, la trastornaron completamente; perdió la cabeza y corrió adelante... Un ómnibus llegaba al trote largo; vió los horribles faroles de un rojo sangriento que se acercaban; sintió el hálito de los caballos que la envolvían en una nube de vapor; sintió el choque, resbaló y rodó por el suelo entre los gritos de cien personas que de todos lados acudían á socorrerla.

El ómnibus quedó parado, cesando al mismo tiempo instantáneamente el movimiento de la calle; los gritos callaron y reinó un silencio de muerte. Dos hombres se habían precipitado bajo el pesado carruaje; no osaban tocar á la niña que veían hecha un ovillo entre las cuatro ruedas; al fin la cogieron por un brazo y la atrajeron hacia sí con precaución. No lanzó un solo grito.

— ¿Estás herida?, preguntó uno de los hombres, padre de familia, cuyo corazón se estremecía, pensando en lo que quizá iba á ver.

— No, contestó con voz ahogada, no lo creo.

Al cabo de un momento estaba en pie, aún temblorosa y en un estado indescriptible, llena de barro de los pies á la cabeza.

— ¿No te has hecho daño en ninguna parte?, preguntaron palpándole todo el cuerpo.

Desprendióse y se sacudió, respirando ruidosamente.

— No; sólo he recibido un golpe en la pierna, contestó Marcela, y apenas puedo andar.

El ómnibus prosiguió su marcha y Marcela fué conducida al otro lado de la calle. De todos lados se le hacían preguntas, á las que apenas contestaba, pálida todavía por el terror y por el golpe recibido. Dió después algunos pasos vacilando.

— Doy á ustedes las gracias, señores. Me voy á casa.

Los curiosos la miraron con extrañeza, viendo que á pesar de ser tan niña, resistía tan valerosamente el padecimiento.

Un grupo de mujeres la acompañó hasta la puerta de la herboristería, y antes de entrar en ella exclamó con terror:

— ¡Ay Dios mío! ¡He perdido las castañas!

La gente se echó á reír y las monedas de cobre cayeron en gran número en su bolsillo, sin que ella lo advirtiera. Después entró en la tienda, dando las gracias á los que la habían acompañado.

— ¡Vaya, que estás hermosa!, dijo Luisa, mirándola con asco mal disimulado.

— ¿Qué es eso? ¿Te has caído?, preguntóle la señora Favrot con tono entre inquieto y enfadado.

— Sí, me ha derribado un ómnibus.

En tanto que la niña explicaba el accidente, una de las comadres que había quedado á la puerta y que miraba á través de los cristales, decía á las demás:

— Es preciso no tener seso para enviar á una muchacha como esa á esta hora y para comprar castañas.

— Es que no es su hija, contestó una vecina que sabía la historia de Marcela. Si fuera su hija, de fijo que no la enviara; pero ya se ve, una chica á quien se mantiene de limosna...

— Es preciso que seas tonta para ir á meterte debajo de un coche, decía Luisa en aquel mismo momento, apartando con el pie el traje lleno de barro de la pequeñuela á quien su madre preparaba una compresa empapada en árnica.

A Marcela le salió un cardenal enorme y cojeó durante ocho días, después de lo cual se puso buena otra vez; pero en su corazoncito sangraba una herida que debía tardar mucho en cicatrizarse.

## XI

— ¡Señora!, dijo un día Marcela, dejando caer sobre sus rodillas la calceta en que trabajaba.

La señora Favrot alzó los ojos, y miró á su alrededor con extrañeza, pues las dos estaban solas en la tienda.

— Me hablas á mí, ¿no es verdad? preguntó. ¿Por qué me llamas ahora señora?

— Mamá ha muerto, ¿no es verdad?, insistió Marcela sin contestar.

Sus labios temblaban y estaba pálida como una rosa te.

La herbolaria se agitó nerviosamente en su almohadón, pues jamás se le ocurriera prever aquella pregunta.

— Murió cuando yo era pequeña y entonces me amparó usted en su casa, ¿no es esto?

La señora Favrot hizo con la cabeza un gesto afirmativo. ¿Qué necesidad había de mentir si un día ú otro sería preciso decirle la verdad?

— ¿Y qué se ha hecho de mi padre?, continuó la niña, siguiendo el curso de su pensamiento

La herbolaria se encogió de hombros y movió la cabeza de derecha á izquierda para indicar que lo ignoraba.

Marcela la miró, y temblándole más los pálidos labios añadió:

— Ha sido usted muy buena para mí, señora, y le doy las gracias.

La señora Favrot levantóse bruscamente, tomó á la pequeñuela entre sus brazos y la sentó en sus rodillas.

— ¿Por qué me llamas señora y me tratas de usted? ¿Qué significa eso? ¿Es que alguien te ha hablado contra mí y que ya no me quieres? Y sacudía convulsivamente á la niña, sintiendo que algo muy grave había debido suceder para cambiar de aquel modo el confiado corazón de Marcela.

La rapaza hizo á su vez un signo negativo.

— Nadie me ha hablado contra usted y la quiero á usted mucho, pero le digo eso porque sé que no es usted mi madre. Mi madre ha muerto.

— ¿Quién te lo ha dicho?, exclamó colérica y fuera de sí la señora Favrot, maldiciendo interiormente á la planchadora, á quien creía que se debía aquel cambio.

— Nadie. Cuando he visto de la manera como quería usted á Luisa, he comprendido que yo no era hija de usted, y me he acordado de mi verdadera madre, de la que ha muerto. Era yo muy pequeña, ¿verdad?

— Sí, contestó distraídamente la señora Favrot.

En el fondo de su alma estaba descontenta de sí misma y experimentaba la vaga impresión de un malestar extraño ante aquellas preguntas de la niña.

— ¿Pero por qué me llamas señora?, repuso con vehemencia, sintiéndose herida por aquel nuevo tratamiento.

— Porque no es usted mi madre, contestó implacablemente la niña perdida; porque es usted la madre de Luisa.

La señora Favrot abrió los brazos, y dejó resbalar hasta el suelo á Marcela, que se apartó algo.

— ¡Ingrata!, dijo con los ojos llenos de lágrimas.

En esta vida son siempre aquellos que nos han causado más daño los que nos acusan de ingratitud.

Marcela bajó la cabeza, como siempre que le reprochaban algo injusto, y no contestó. Conociendo, sin embargo, que su protectora se había disgustado, acercóse á ella para acariciarla.

— Pero si la quiero á usted mucho, le digo con timidez, pues ha sido usted para mí muy buena.

— ¡Qué he sido muy buena!, exclamó la herbolaria, estallando al fin. He sido su segunda madre; la recogí en la calle, huérfana, sin un mal pingajo, y sin un céntimo; la he vestido, cuidándola y acariciándola

como hija, y para agradecerme cuanto he hecho por ella durante cuatro años, ahora sale llamándose señora. ¡Anda allá, ingrata!

Eso era ya el colmo de lo que podía resistir Marcela. Rompió en sollozos incabables y se apartó suavemente de los brazos que la rechazaban, apoyando la cabeza contra uno de los cajones de la tienda, y echóse á llorar como se llora cuando se ha perdido todo, hasta la esperanza.

— Chica descastada y aviesa, ¿ahora te da por llamarme señora?, continuó la herbolaria conmovida. ¡Pensar que me he llenado de deudas por ella, y que no lleva sobre su cuerpo un hilo que no sea mío! ¿Qué hubiera sido de ti si no te hubiera recogido, ingrata? Hoy mendigarías por las calles ó estarías en la cárcel. ¡Y aún se atreve á echarme en cara que no soy su madre!

— Vaya, vaya, contestó la planchadora, no enfadarse, porque al fin y al cabo no ha dicho más que la verdad.

— Usted es quien se lo ha dicho, dijo la señora Favrot, contenta con poder demostrar su encono á otra persona más capaz de contestarle que aquella niña indefensa.

— ¿Yo?, exclamó la honrada vecina. Juro ante Dios que nada le he dicho; pero no es extraño que al cabo lo haya advertido.

— ¡Que lo haya advertido!, repitió la herbolaria.

— ¡Ya lo creo! ¿Piensa usted que tan inteligente como es, no ha notado hace tiempo las distinciones que usted hace entre ella y Luisa?

— ¡Pues sí, señor! ¡No faltaba más sino que no hubiera diferencias entre ellas!

— Es natural, y no le hago ningún cargo por ello; pero también es natural que haya advertido la niña la diferencia.

La señora Favrot calló, en tanto que Marcela continuaba llorando de pie, con la cabeza apoyada contra un cajón y prorrumpiendo en sollozos que sacudían su cuerpo. La planchadora se acercó á ella y le puso una mano sobre el hombro.

— No llores, dijo, que me da pena verte.

— He ahí lo que se gana siendo buena, exclamó la herbolaria, rompiendo á llorar á su vez; se priva una de toda diversión á trueque de hacer una buena obra y compromete su fortuna, y luego resulta que el objeto en que una ha puesto el cariño no lo merece ni por asomo y que los extraños han de mezclarse en asuntos propios.

La señora Jalín no preguntó más. Salió despacito de la tienda, porque sabía que aquellos accesos de mal humor de su vecina solían durar poco tiempo.

En vez de encaminarse á su casa, la planchadora se dirigió hacia la Bolsa, donde tomó el primer ómnibus que iba á Passy.

En cuanto llegó á la calle de la Bomba, bajó, y dando algunos pasos, llamó á la verja de un pabellón situado en el fondo del jardín. Una vieja criada le franqueó la puerta.



¿Está en casa la señorita, preguntó la señora Jalín?

— ¿Está en casa la señorita, preguntó la señora Jalín.

— Entrad, contestó la sirvienta.

Penetró en un pequeño jardín enarenado, tan limpio y bien cuidado como si fuera un juguete.

(Continuará)

## VICTORIA DE LOS FRANCESES

EN MADAGASCAR

La campaña que los franceses han sostenido en Madagascar y que acababa de terminar felizmente para ellos con la toma de Tananarive, puede dividirse en dos partes, una sumamente difícil y penosa, hasta la llegada á Andriba, y otra relativamente fácil y rápida hasta la entrada del ejército del general Duchesne en la capital del reino de los hovas.

En la primera se necesitaron treinta y ocho días para ir de Marovay á Mevatanana (150 kilómetros) y cerca de dos meses para recorrer la distancia de 65 kilómetros que separa á Suberville de Andriba, experimentando las tropas expedicionarias considerables bajas, no tanto por efecto de las balas enemigas como á consecuencia de la insalubridad de aquellos territorios, cubiertos de pantanos, que los franceses atravesaron en los meses más rigurosos de verano y por ende los menos favorables para la salud de los europeos.

En la segunda, la columna francesa sólo ha empleado diez días en salvar los 85 kilómetros desde Maharidaza á Tananarive, conquistando la primera de estas dos poblaciones el 20 de septiembre, Talata el 21, Ankazobe el 22, Antoby el 23, Fihaoana el 24, Babay el 25 y la capital del reino hova el 30, sin que á pesar del esfuerzo que esta serie de victorias significa se sintiese en lo más mínimo el estado sanitario de las tropas.

Desde Ankazobe, es decir, desde el día 22 de septiembre, las brigadas Vayron y Metzinger penetraron en el Imerina, en donde abundan los anchos valles y en donde á los picos abruptos hasta entonces escalados fatigosamente suceden las colinas que en suaves ondulaciones se prolongan hasta perderse de vista. Por doquier surgen allí campos cultivados y aldeas, en pie unas, arruinadas otras por los hovas al tener que abandonarlas, y por todas partes se encuentran caminos que conducen á Tananarive. A poco se traspone una última línea de montañas y desde las cimas de éstas la vista se extiende sobre una vasta extensión desprovista de todo relieve y densamente poblada, y quince kilómetros más allá aparece confusamente una cresta erizada de torres y edificios de todas formas: los expedicionarios han llegado á la meta; Tananarive abre sus puertas á los soldados de Francia.

Un amontonamiento inextricable de rocas y casas de un color encarnado obscuro, de chozas y de panes enormes de tierra arcillosa, un caos de peñascos escarpados por entre los cuales se abren anchas hondonadas y de edificios flanqueados de torrecillas, formando en conjunto una colina de 200 metros de altura y de tres kilómetros de longitud, de Norte á Sur, por dos de anchura, tal es el espectáculo que ofrece desde cierta distancia la capital de Madagascar, poblada por 200.000 habitantes.

Pero examinada algo más detenidamente la ciudad, distingúense en medio de esta confusión los principales edificios, tales como el palacio del primer ministro, especie de cuartel inmenso sin terminar; el templo anglicano, la catedral católica, la residencia

de Francia y dominándolo todo el vasto cuadrilátero del *Rova*, el recinto regio.

Al pie de la colina descúbrese el lago artificial Anosy, propiedad del monarca, alimentado por el Ikopa: un islote circular unido con la orilla por medio de un dique de piedras secas, aparece cubierto de casas, antiguas residencias veraniegas de la fami-

pieza sagrada de los *Kabarys* reales, no es de más fácil acceso que las otras. Para enarbolar la bandera tricolor en el palacio de la reina, el Manjakamiadana, habrásido preciso escalar la empinada cuesta como si se tratara de dar un asalto.

El palacio real, de 40 metros de altura por 35 de longitud, está construido de la manera más singular:

es un edificio de madera, rodeado de un revestimiento de piedra, verdadero caparazón con varias aberturas de un metro ó un metro y medio de espesor. Del primitivo palacio de madera edificado por M. Laborde en 1840, durante el reinado de Ranavalo I, sólo se distingue el techo muy puntiagudo, sostenido por un armazón cuya pieza central es un árbol único de 27 metros de altura y de un metro de diámetro en su base: diez mil hombres fueron necesarios para transportar este tronco gigantesco desde el bosque de Ambohitrarimo, situado á unos 60 kilómetros al Nordeste de la capital, hasta la cumbre de la colina de Tananarive.

En 1865 el misionero arquitecto inglés Cameron construyó en los ángulos del palacio cuatro elevadas torres que reunió por medio de tres pisos de galerías de un estilo neo-corintio. La construcción de esta muralla de piedra, aislada del cuerpo del edificio, impuso tantas fatigas gratuitas á la población, que desde entonces su sumisión á las prestaciones de servicios es cada vez más problemática.

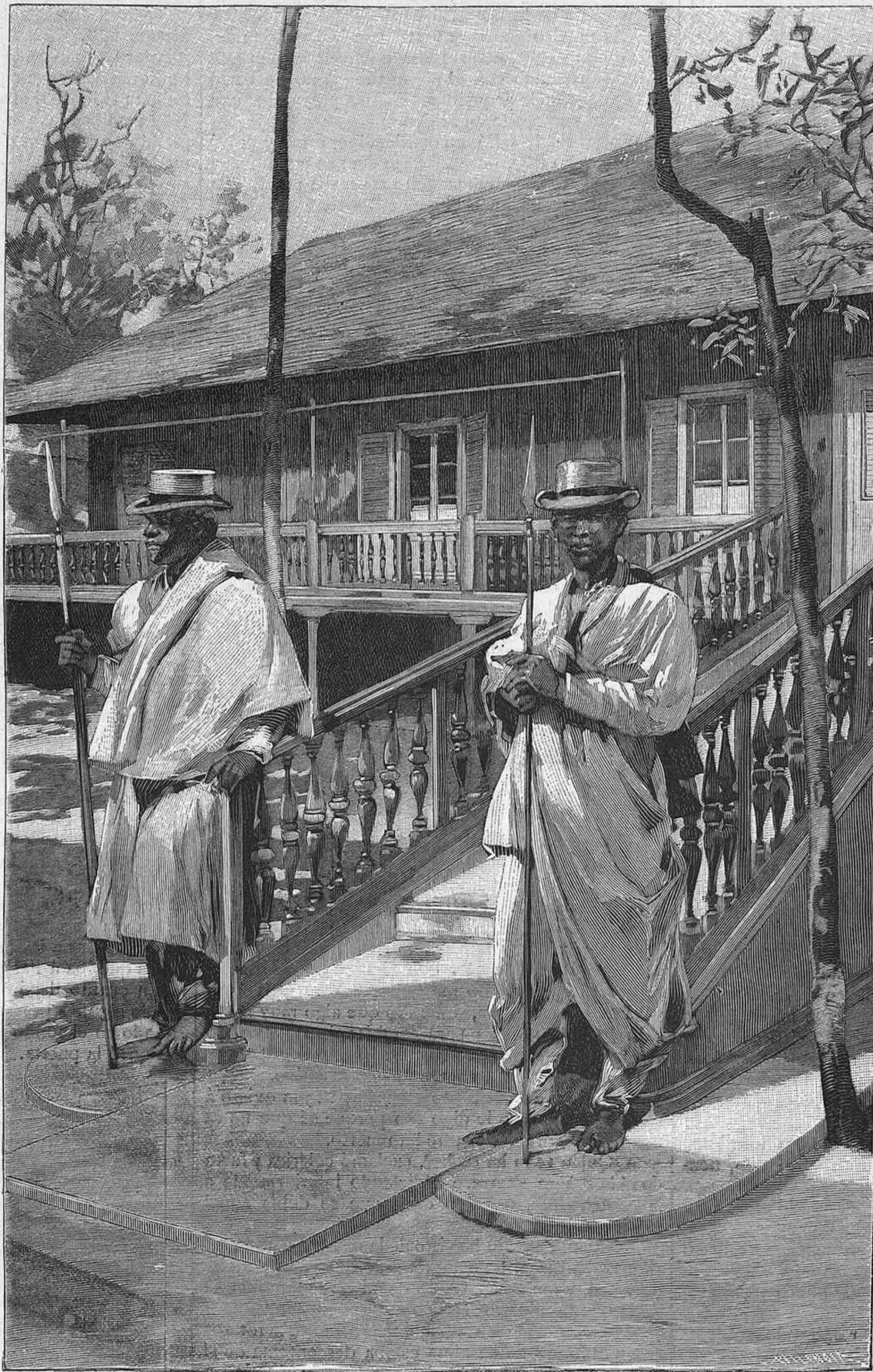
El palacio de la reina contiene varias habitaciones excesivamente llenas de objetos de todas clases, recibidos algunos como regalos, comprados otros en Europa por los soberanos de la isla: hay en él tres grandes salones, uno en cada piso; de los cuales el del piso bajo utilizase cada año para la fiesta del Baño.

La reina no habita el Manjakamiadana, sino un pequeño pabellón situado en el mismo recinto y en cuya puerta dos soldados hovos de la guardia de honor, cubiertas sus cabezas con sombreros de paja poco militares, velan día y noche por la seguridad de su soberana. El grabado de esta página da perfecta idea de estos guardianes y del pabellón en donde de ordinario reside S. M. Ranavalo III.

El palacio de Plata, á menudo confundido con el de la reina, es un pequeño edificio que forma también

parte del *Rova*, en donde el primer ministro da audiencia, de modo que viene á ser el Foreign-Office de Madagascar.

En el barrio de Ambohitsorohitra se encuentra el palacio de la residencia general de Francia, que reproduce nuestro grabado de la página 730 y que fué comenzado en mayo de 1890 bajo la dirección del arquitecto M. Antony Jully, que desde los comienzos de la actual campaña presta su concurso al estado mayor del ejército francés para el servicio de informaciones. A pesar de las muchas dificultades con que tropezó su construcción, el edificio de la residencia pudo levantarse rápidamente y ser inaugurado el 14 de julio de 1893: este palacio, construido de granito azulado y ladrillos de un color encarnado vivo, es de estilo del Renacimiento y presenta tres fachadas interesantes: la del Norte, la del Este con acceso directo á los diferentes servicios y en particular al gabinete del residente, y la del Sur, que domina toda la llanu-



ENTRADA DEL PALACIO DE LA REINA DE MADAGASCAR EN TANANARIVE

lia real, transformadas hoy en almacenes de pólvora.

Las calles de la ciudad parecen lechos de torrentes secos y obstruidos; las plazas son cenagales y están limitadas por precipicios ó por contrafuertes casi verticales. El extranjero que circula por Tananarive corre peligro de romperse el alma; andar le es imposible, y el único recurso que le queda es confiarse á los por decirlo así silleteros, que lo pasarán en *filanza*, no sin sacudidas, pero con una seguridad de vista y de pie infalible y á un paso que envidiarían nuestros coches de plaza.

En vano los soldados franceses habrán intentado penetrar hasta el centro de Tananarive en formación de parada, marcando el paso detrás de las banderas de cornetas agrupados alrededor de la bandera desplegada. La arteria principal que habrán tenido que seguir y que va desde los arrabales del Oeste al *Rova*, atravesando la plaza del Zoma, donde se celebran los mercados, y la de Andohalo, en donde se levanta la

ra de Tananarive y el curso del Ikopa y desde donde la vista se extiende hasta el monte Ankarotra, pico el más elevado de la isla. Debajo del mirador de esta última fachada se abren las anchas puertas del comedor y las del gran salón, cuyos techo y suelo están formados con muestras elegantemente dispuestas de ciento cinco maderas distintas de los bosques de Madagascar.

Otro de los edificios más notables de Tananarive era el Observatorio Real (véase el grabado de la página 736) que se alzaba á dos kilómetros al Este de la ciudad, sobre la colina Ambohidempona, cuya altura es inferior en unos 50 metros á la en que se eleva el palacio de la reina. Fué construído por los jesuitas en un terreno que les prestó la soberana de las hovas, habiéndose visto aquéllos obligados á darle el título de *real*, que significa que ninguna iniciativa francesa habría sido tolerada por el primer ministro. El residente general de Francia no tuvo más remedio que inclinarse ante la voluntad del dictador malgache.

El observatorio estaba bien instalado, aun cuando tenía un defecto capital para los estudios astronómicos: su cúpula móvil había sido mal calculada y no descansaba sobre ranuras, de modo que no podía funcionar, con lo que hacíanse imposibles las exploraciones y observaciones en la bóveda celeste. Mas los padres que estaban al frente de él estudiaban, á falta de los astros, los vientos, la temperatura, la lluvia y en una palabra todo cuanto se refiere á meteorología. Poseían muchos instrumentos de gran precisión, barómetros, barógrafos, termómetros, geotermómetros para conocer el calor del sol á determinadas profundidades, pluviómetros, evaporómetros, heliógrafos para calcular el número de horas y minutos durante los cuales el sol ha brillado en el horizonte, nefoscopios para determinar la dirección de las nubes, anemómetros, actinómetros, actinógrafos, psicrómetros y psicrógrafos, que manejaban admirablemente y con los cuales se hacían importantes observaciones que los encargados del servicio anotaban con escrupuloso cuidado.



RANAIVALONA III, REINA DE MADAGASCAR

¿A qué móviles obedecieron los hovas al destruir este edificio? ¿Han querido arrasar un monumento que les parecía elevarse demasiado orgullosamente delante del palacio de su soberana? ¿Se han dejado

llevar por la superstición, en todas partes enemiga de la ciencia? ¡Quién lo sabe! Lo cierto es que el Observatorio y el cementerio inglés fueron demolidos pocos días antes de entrar los franceses en Tananarive.

El personaje más importante de Madagascar después de la reina, cuyo retrato publicamos en esta página, y de su primer ministro, de quienes nos ocupamos detenidamente en el número 688, es sin duda alguna el príncipe Rahamatra. Miembro de la familia real, vencedor en 1890 del rey sakalave Tompomanana, es la gloria militar más incontestada del reino hova; era ministro de la guerra en los comienzos de este año cuando fué nombrado generalísimo de los ejércitos del Imerina. Antes de la declaración de guerra pasaba por francófilo: muy popular entre sus compatriotas, mostrábase sumamente afable y deferente con los franceses, sentimientos que, según parece, no le han abandonado durante la campaña recién terminada.

Al día siguiente de la entrada del ejército del general Duchesne en Tananarive comenzaron las negociaciones de paz con la reina Ranaivalona, que quedaron ultimadas aquella misma tarde.

Las condiciones de esta paz se ignoran todavía y aquí entran las conjeturas y por ende las polémicas y sin duda también los trabajos diplomáticos de las potencias más ó menos interesadas en que los franceses no arraiguen demasiado en Madagascar. La prensa francesa aboga, como es natural, por la anexión, y en buena lógica parece que después de tantos esfuerzos y sacrificios no es justo que Francia se satisfaga con seguir de hoy en adelante en la misma situación que antes de la campaña ocupaba en aquella isla. En cambio, los periódicos ingleses excitan al gobierno francés á que persista en el protectorado, á pretexto de que Francia no tiene experiencia bastante para fundar y organizar colonias de tanta monta. Estas apreciaciones resultan ociosas y prematuras en tanto que no se conozcan los términos en que se ha firmado la paz y sobre todo en tanto que la nación francesa no exprese su voluntad por medio del Parlamento. — X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD**

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE** el nombre y la firma **AROUD**

**Pildoras y Jarabe**  
DE  
**BLANCARD**  
Con loduro de Hierro Inalterable.

**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMOS**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS, etc., etc.**

**Solucion BLANCARD**  
y  
**Comprimidos**  
de **Exalgina**

**JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS**  
**DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.**

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.  
**CONTRA EL DOLOR**

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

**Jarabe de Digital** de **LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**

**G** **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

**Ergotina y Grageas de BERTOTINA BONJEAN** NEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y **Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de París detienen las pérdidas!**

**LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.**

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES DE ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARÍS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**

En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura **CATARRO, BRONQUITIS, OPRESIÓN** y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.

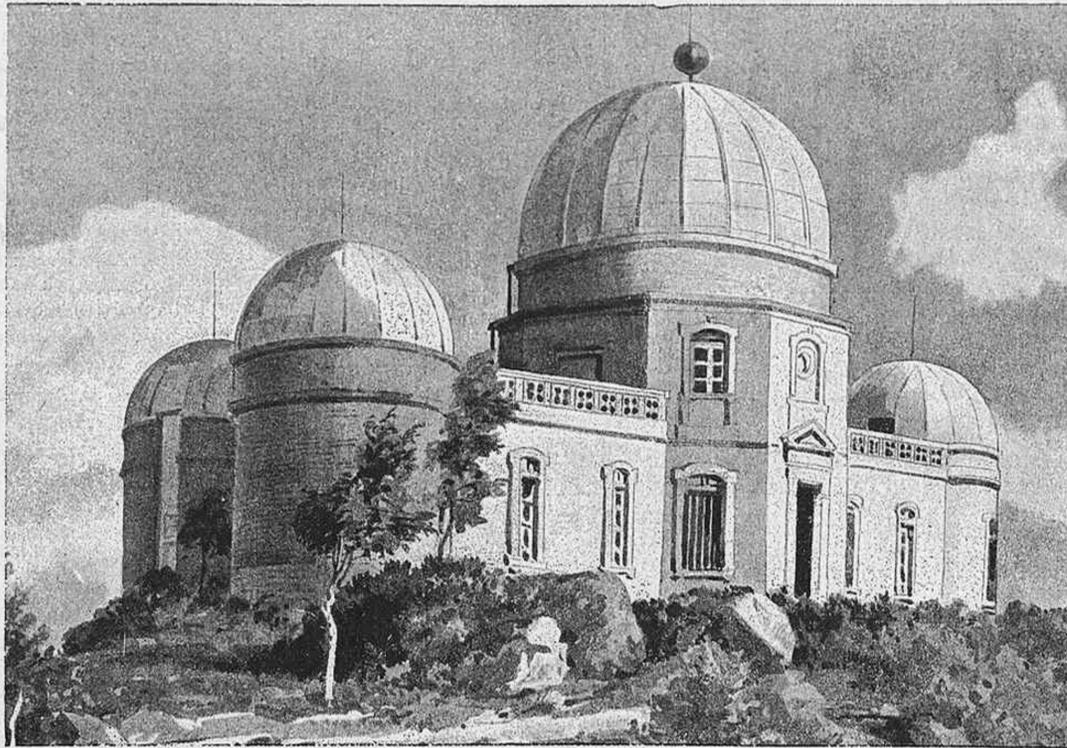
**ASMA**

25 años de éxito, Med. Oro y Plata J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, Fcos, 102, R. Richelieu, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

ESCRITOS DEL EXCMO. SR. D. MA-  
NUEL DURÁN Y BAS. Segunda serie.  
Estudios morales, sociales y econó-  
micos. — La personalidad del señor  
Durán y Bas es sin disputa una de  
las más salientes en el movimiento  
intelectual contemporáneo de nues-  
tra patria. Abogado ilustre, catedrá-  
tico eminente, sabio economista,  
político integérrimo y consecuente,  
orador notable, defensor infatigable  
y desinteresado de todas las causas  
justas y de las ideas más levantadas,  
no hay quien no pronuncie su nom-  
bre con admiración y respeto y sus  
mismos adversarios políticos ó eco-  
nómicos reconocen y elogian su ta-  
lento, su entereza y su lealtad. La  
producción nacional ha tenido siem-  
pre un campeón entusiasta en el se-  
ñor Durán y Bas, que sin reparar en  
sacrificios y prescindiendo en no po-  
cos casos de los compromisos de par-  
tido ha puesto todas sus energías y  
todos sus conocimientos al servicio  
de esta causa. Agradecidos los pro-  
ductores catalanes á sus brillantes  
campanas en el Senado, acordaron  
ofrecerle una edición completa de  
sus estudios morales, sociales y eco-  
nómicos en el libro que acaba de pu-  
blicarse y que motiva estas líneas.



MADAGASCAR. — Observatorio real de Ambohipempona, cerca de Antananarivo

La índole de esta sección no nos  
permite ocuparnos ni siquiera some-  
ramente de estos trabajos, ricos en  
sabias ideas, inspirados en el más  
elevado criterio y castizamente escri-  
tos, en todos los cuales resplandecen  
la firmeza de opiniones y el conven-  
cimiento profundo, que son la carac-  
terística de su autor. El libro que nos  
ocupa lleva un notable prólogo de  
D. Federico Rahola, que es un aná-  
lisis admirablemente hecho de los  
escritos del Sr. Durán y Bas.

LA RAZÓN SOCIAL FROMONT Y  
RISLER, por *Alfonso Daudet*. — El  
premio que la Academia Francesa  
concedió á esta novela es la mejor  
recomendación que puede hacerse  
de la interesante obra del célebre  
novelista francés, cuyo nombre es  
sobrado famoso para que sea preciso  
elogiarlo. La acción de la novela  
cautiva desde las primeras páginas  
y el encanto aumenta con la sucesión  
de escenas en las que están admira-  
blemente retratadas las costumbradas  
parisienses. La traducción, de don  
Cecilio Navarro, está hecha concien-  
zadamente y las ilustraciones de Ri-  
quer, profusamente distribuidas en  
el libro, nada dejan que desear. *La  
razón social Fromont y Risler* forma  
un tomo de cerca de 400 páginas con  
multitud de grabados, que se vende  
en la librería de Arturo Simón (Ram-  
bla de Caneletas, 5) al precio de una  
peseta cincuenta céntimos.

# VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA  
preparado con bismuto  
por **Ch. Fay**, perfumista  
9, Rue de la Paix, PARIS

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PAPEL WLINSI**  
Soberano remedio para rápida cura-  
cion de las Afecciones del pecho,  
Catarros, Mal de garganta, Bron-  
quitis, Resfriados, Romadizos,  
de los Reumatismos, Dolores,  
Lumbagos, etc., 30 años del mejor  
éxito atestiguan la eficacia de este  
poderoso derivativo recomendado por  
los primeros médicos de Paris.  
Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Seine.

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composición de este  
potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia.  
De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apoca-  
miento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones*  
del *Estomago* y los *intestinos*.  
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las  
fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las  
epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de*  
*Quina de Aroud*.  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
EXIJA el nombre y la firma **AROUD**

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**CASTRITIS - CASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por  
todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores  
y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar  
la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de  
los intestinos.  
**JARABE**  
**al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,  
la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, con-  
vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas  
las afecciones nerviosas.  
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los  
fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento,  
las enfermedades del pecho y de los intes-  
tinos, los espantos de sangre, los catarros,  
la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre  
y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP,  
médico de los hospitales de Paris, ha comprobado  
las propiedades curativas del *Agua de Léchelle*  
en varios casos de fujos uterinos y hemor-  
ragias en la hemotisis tuberculosa. —  
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris

**CEREBRINA**  
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS, NEURALGIAS**  
Suprime los Cólicos periódicos  
E. FOURNIER Farm<sup>o</sup>, 114, Rue de Provence, à PARIS  
à MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
Desconfiar de las Imitaciones.

**QUINA ANTI-ROCHER**  
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos  
contra 8 fr. — Depósito **ROCHER**, Farmacéutico,  
112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.  
Envío gratis y franco de un estudio interesante  
indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS**.  
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C<sup>o</sup>.

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>o</sup> FRANCK**  
Estreñimiento,  
Jaqueca,  
Malestar, Pesadez gástrica,  
Congestiones  
curados ó prevenidos.  
(Rótulo adjunto en 4 colores)  
PARIS: Farmacia LEROY  
y en todas las Farmacias.

FRASCO 5 fr.  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
para ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOGES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pose y conserva el cutis limpio y terso  
B<sup>o</sup> St-Denis

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin  
ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia  
de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para  
los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN